

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

———— DIRECTOR - PROPIETARIO ————
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

31 DE DICIEMBRE DE 1923
AÑO IV. Número 70



Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA

NACIONAL



ASTRA

ASTRA

REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA.

**GUERNICA ~
(VIZCAYA)**

**DELEGACIÓN GENERAL: A.V.D. BERNABÉ ~
MAYOR 86 MADRID ~**

Unica reglamentaria en el Ejército

Unica reglamentaria en la Marina de Guerra

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el
Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales
de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid



DIALOGOS MILITARES

(ENTRE JUAN Y PEDRO)

Cerido Juanico: ya me tienes aquí, en el pueblo, entoavía hecho un señor, pues ice mi madre que tengo que descansar, manque no m'ha encontrao escachumizao, como creía ella vienen tóos de ahí.

De lo que m'hi encontrao por aquí, te lo iré iciendo tan y según que t'escriba y vaya viendo: esos generales, que no se llaman decretorio como tú icías, sino directorio porque derigen, no púes fegurarte las cosas qu'han deshacio, en los tres meses que llevan arrompiendo tiestos y cacharros viejos: pero no creas qu'han acabao ¡cal hay entoavía mucho que romper y más qu'hacer, pues si a tu, t'escacharran la cazuela, tienen que date otra p'hacer la comía ¿no?

Güeno, pero, como ice el Veterinario que está mu asustao porque cuando era mozo fué concejal, el trigo, manque sea tempranero, tarda más de tres meses en ir al granero dende que lo siembras: tóo s'andarà: hubiendo camino y reños p'andalo, cualquiera llega.

T'asustarías, maño, manque ya se eres mu valiente, si vías lo qu'había por estos mundos y qu'apañaos estaban unos cuantos espabilaos: en tóos los puestos aonde han mandao un investigaor militar ¡salen una de gazapos! el uno que fué concejal y se llevó a casa lo que pasó por sus manos: el otro, que no aguardó a que pasara pa llevárselo: hubo quien tuvo qu'hacer la casa más grande, a fuerza de arramplar.

Entre lo que se llevaban y los que dejaron llevarse, pué qu'haiga qu'hacer cárceles u cosa que se le parezca: tamién hubo infelices que al verse comprometidos, se pegaron un tiro ¡probes! seguramente eran los que tenían menos culpa, por que el que tié vergüenza, no hace ciertas cosas... ¿verdad?

Mi tío el señor Tasio, qu'es un hombre mu templaio y no quiso nunca ser concejal, ice que tóo esto que pasa ahora, está mu bien pasao, pero tie miedo de que, en cuanto qu'haiga elecciones s'eché tóo a perder, porque vendrán los mismos d'antes, tirando pesetas y engañando a tontos y borrachos: y digo yo, dimpués qu'oigo a mi tío ¿es que no se pueen hacer las elecciones de modo y manera que los que voten, lo hagan de verdá?

Mia que si después de la zapatiesta qu'han armao estos señores, güelven los de endenantes y escomienzan a sacar pillos de la cárcel, con la gana que estos tendrán de cobrarse la encerrá ¡güena la vamos a ver!

Y los hay tan tontos, que ya icen que asin no pueen vevir los pueblos modernos, sin deputaos, ni gente qu'haga leyes y cosas pa que unos paguen y otros cobren ¿serán fatos?

Yo, pué que no entienda d'esas cosas, pero a mi me paece que el pueblo y tóo está mejor qu'antes y la gente más contenta—pero señor—se me ocurre a mí—si antes había cuatro perricas en la casa de la ciudad y eran pa tres u cuatro, tocarían a más, pero agora a tóos mos tocará algo ¿no es más mejor?

Ice el señor Cura que se pué golver a lo qu'había, hiciéndolo bien, pa que no pase otra vez aquello y no dejando que los republicanotes se metan en náa y a luego otros icen que si los curas y los que están con ellos... m'hacen de reir y m'acuerdo de aquellas cosas enrevesás que tú decías algunas veces: como si te oyera, estás pensando agora ¿no era malo lo que teníamos? ¿no lo hubían hecho unos y otros? pos ni qu'icir tiene que ni a los otros, ni a los unos, se les debe dejar qu'hagan ná en las casas que son de tóos... anda y que desarreglen la suya... ¿verdà que piensas así maño? y tiés razón; cuando vamos a coger macolotones pá la novia, no cogemos los de arriba por que los come el sol, ni los d'abajo por que la sombra no los deja madurar: entremedias, allí están los güenos, los dulzosos, esos que tanto gusta morder con piel y tóo.

Güeno; ya t'escribió demasiao: más que tú por lo menos: a ver si m'envías carta y me ices cosas d'esa tierra, que me paece a mi es verdà, eso de que aonde se pasa fatigas se le tié ley: que te salga bien el arroz y no t'empenten y ya sabes que lo es tuyo, PEDRO.

Amigo Pedro: dende que pensé escríbite, hasta hoy, se m'ha pasao el tiempo, como ya sabes que se pasa aquí; unas veces, porque anda uno acogotao de quehacer y otras, por no hacer náa y como da el casual de que no hay denguna cosa

bue contate, pos eso es: arrepara que tú, que tendrás mucho que contar, entoavía no m'has escribío, pero esto son cosas que no deben icirse entre güenos amigos ¿verdá? tiés razón y ascomienzo.

Pus verás; los aroplanos, siguen pol aire, adejando caer peladillas que no tién azúcar y siempre icen que ven cosas que los moros hacen pa no dejanos pasar el día que se nos ponga en el moño arrempujar, y otras qu'hacen pa ver si nos echan d'algun puesto.

¿Qué dirás que se les había ocurrió a los chilaberos qu'andan por los Tizis qu'hay camino adelante? pues, parejo que los topas; hacer una zanja enterrá pa que no se viera y a luego una noche, poner barriles de pólvora, quemados y metiéndose por el agujero, al qu'hubía quedao, cháchiporrazo... ¿quién les habrá enseñaio tóo eso a los Mojametes que tanto quería aquel gachó de la madrugá?... no seas mal pensao y no vayas a figurarte que las cosas las compraron con duros nuestros ¿cómo eres tan escamón?

Güeno: hablando que te parla, no t'he icido que en cuanto que los aeroplanos le dijeron al general lo de la zanja, fué y mandó hacer una parecía y la otra mañana, hicieron lo qu'ellos pensaban y s'acabó el caminico pa entrar en uno de los Tizis, volando por los aires los que trabajaban y haciéndose un agujero pa que seamos nosotros los que

podremos salir ¿no te paece que ha sío una cosa bien pensá?

Tan y mientras que me lo ices, te contaré otra cosa: los de la gorrica con borla, esos qu'icen del Tercio, les están haciendo un pueblo pa que vivan con sus familias y les ponen ttrato y cine y juego de pelota y la mar de cosas: ice nuestro capitán qu'haciendo eso vendrían muchos voluntarios y que sería la mejor manera de vivir aquí ¡claro! teniendo casa y cosas que guardar, paece que s'anda más despabilao: eso le icen colonización, por que los que vinieran, serían colonos; lo que nosotros icimos torreros.

¿Sabes de lo qu'hablan mucho estos días, en tóos los campamentos? de lo que pasa en el campo d'aquel pueblo que tu icías Ayquedir: en denantes, en cuanto que veían un aroplano, escomenzaban a tiros con él y agora, lo miran y siguen trebajando: ya sé que dirás—¡no fiarsel!—si no nos fiamos, hombre: es que te lo cuento.

Y como no hay res que ice el furriel, pos no te igo más: a saber lo que tú dirás si escribes: oye ¿no t'han metio en la cárcel? o ¿es que no tiés dengun pariente concejal? chocalá entonces y ya sabes que te ricuerda, este que lo es, Juanico.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.

Cuento
estrafalario

LOS RUIDOS DEL MUNDO

Todas las noches el venerable San Pedro, al cerrar la celestial portería, recoge una cajita que hay colocada en los umbrales de la Gloria, en esta caja, semejante a un fonógrafo, pero de inimitable perfección en su mecanismo, quedan *impresionados* cuantos ruidos llegan de la tierra a la mansión de los cielos.

Diligente San Pedro, presenta al sumo Hacedor la cajita.

Y del interior de ésta brota una armonía jamás escrita en pentágrama alguno; porque ¿cómo unir el eco de estruendosas carcajadas y de llantos inacabables; el fragor de una batalla y el sonar de mil orquestas, cada una de las cuales interpreta motivos distintos, mezclándose lo alegre con lo trágico, lo vulgar con lo sublime...? ¿Cómo fundir en una sola gama millones de diálogos en los que vibran acentos amorosos y de odio, en que viven con todas sus inflexiones la verdad, la mentira, la adulación, el desinterés, el egoísmo, el fanatismo, lo trivial? ¿Cómo aunar los gritos de la pasión, los quejidos del dolor, los suspiros de la felicidad y los ayes del infortunio? ¿Cómo juntar los ruidos del vapor hirviendo que se revuelve iracundo en sinnumero de máquinas, barcos y locomotoras y los millares de rezos y plegarias que se elevan a lo Infinito?

¡Sólo Dios puede realizar esta maravilla!

San Pedro, siempre que recoge la cajita que guarda los ruidos del mundo, se pone melancólico y baja la cabeza apesadumbrado, porque nota que un día y otro día, siempre igual, son más los ecos de los ayes y gritos de dolor, las imprecaciones de la soberbia y de la ambición, que las risas de la ventura y del accontentamiento placido; y de día en día crece el ruido de las batallas, seguido de su inevitable cortejo de voces de agonía y frases de bárbaro entusiasmo por el triunfo alcanzado.

Y siempre que, al abrir la portería celeste, coloca en sus umbrales la maravillosa cajita, murmura el venerable portero, como un plegaria:

—El día en que no vibre en este aparato el eco de muerte que a diario sube de la tierra, encendida de continuo en las luchas sangrientas originadas por la ambición o el fanatismo, ese día la Humanidad podrá alzar a su Dios la frente sin sonrojo... Mientras esto no suceda, los hombres irán siempre con la cabeza fija a la tierra, como lobos hambrientos que rastrean una presa...

ALEJANDRO LARRUBIERA



¡ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA...!

CUENTO POR JULIÁN ESCUDERO PICAZO



Lo dirá el calendario; lo dirán los ricos; lo dirá el obrero que tiene ahora buen jornal; lo dirá, tal vez, esa gran familia de la clase media—la mayor parte de ella funcionarios del Estado, que se amolda a cobrar dos mensualidades pequeñísimas en Diciembre y ninguna en Enero—; los únicos a quienes no les está permitido creerlo, los únicos que no pueden decir que esta noche es Nochebuena, son los pobres.

¡Nochebuena, Nochebuenal... ¡Que es Nochebuena esta noche!... Lo será, ¡quién lo duda!, para el que tenga un hogar abrigo, una familia amante, su cena a punto, la cama acondicionada para descansar en ella cuando la digestión molesta...; para quien duerme al raso en invierno, y vive solo, y tal vez no cene... por no tener cena ni saber quien querría fiársela...; para ese la Nochebuena es otra burla mundana. ¡Y qué fácil, sin embargo, proporcionarle, en Nochebuena, una buena noche a quien todas las pasa malas!...

Bien quisiera yo que este soliloquio tuviera palabras palabras no pesimistas, menos amargas. Señal cierta sería de tener en mi alrededor algún afecto... y más alimento en el estómago... Pero no, yo, desgraciadamente, no puedo ser optimista. El optimismo lo da la fortaleza moral y física, que puede, venciendo obstáculos, llegar a adueñarse de la abundancia soñada. Los que no tenemos familia..., ni casa..., ni cena...; los que necesitándolo todo no tenemos de nada, hartos hacemos con exhibir hoy la piltrafa de nuestro cuerpo, amustiado por el pesimismo y el abatimiento.

¡Nochebuena, Nochebuenal... ¡Grata fiesta de hogar, de familia; comunión de puros afectos; cena pascual del Cristianismo!... ¡Qué hermosas frases... si la inanición no nos acecha para traernos la muerte, el frío eterno!...

Así dijo Alfonso Vieytes, dando, al terminar su monólogo, un expansivo y prolongado suspiro, mitad bostezo, mitad pregón de resignada impotencia.

¿Que, quién era Vieytes? ¡Bah! nadie o casi nadie. El decía ser lo segundo, pero, en realidad, le cuadraba más lo primero. Indublemente no era nadie, puesto que a nadie le inspiraba caridad... aun necesiéndola tanto.

Vieytes, el mismo día que cumplió la mayor edad, fue echado de la casa de su hermano con el que había vivido los dos años siguientes al fallecimiento de los padres de ambos. Este su hermano único llevó al matrimonio una mujer que, no sólo por su tipo desgarrado, de corbas y largas piernas, sino, además, por su geniazo decía él que le había salido rana. Y, ciertamente, era una de las muchas ranas que, al contrario de las de la fábula, dtsoniéndolo todo e imponiéndose en todo, no quieren rey en el trono de su hogar. Por eso Camila Rivas, destronó a su marido y puso en medio del arroyo a su cuñado, que no era nada, que no trabajaba en nada y que, naturalmente, para vivir no contaba con nada.



¿Era, acaso, Alfonso Vieytes un vago profesional, de los que se amoldan a vivir faltos de todo, o un resignado a morir ahito de hastío, no hallando profesión a que consagrarse ni padrino que le sirviera para colocarse?

Personas hay que afirmaban lo primero, en tanto otras sostenían acaloradamente lo contrario. Yo sé decir que Vieytes pidió trabajo en innumerables sitios y en ninguno de ellos tuvieron a bien el dársele. ¿Que si era un orgulloso, un inadaptado al medio, un desgraciado impotente? No lo se a ciencia cierta, ni nada hace para el caso. Lo indudable, lo que todos sus conocidos sabemos es que Alfonso, entonces, no trabajaba en nada y carecía de todo. Abandonado, como se ha dicho, de su único hermano, vivió huérfano de afectos; sin colocación ni quehacer alguno, por lo que fuera, carecía de casa donde albergarse y muchos días hasta de comida con que alimentarse.

¿Tiene algo de extraño que, viviendo de esta guisa, fuese monologando calle de Serrano adelante en la forma que se dice al comenzar este relato? Tal vez obsesionado por su natural pesimismo, o extenuado quizás, por no haber comido nada en todo aquel día y parte del anterior, Vieytes sufrió un mareo; notó que su vista se anublaba, que árboles y casas danzaban como en grotesca e irreal zarabanda, que sus piernas—fragmento de aquella piltrafa, como él denominaba, con harta razón su cuerpo—, negábanse a llevarle y, luego de dar unos absurdos traspiés, pugnando todavía por soste-

nerse, cayó al suelo quedando tendido casi al borde de la acera.

Momentos después, un automóvil viraba por la calle de D. Ramón de la Cruz y, enfilando la de Serrano, avanzó vertiginosamente por ella con dirección a la Plaza de la Independencia. Todavía no se sabe si fué por una imprudencia del conductor, por una mala maniobra de éste o que el mecanismo del coche no respondiese al guía; lo cierto es que el automóvil irrumpió en una acera de la calle, quedando como empotrado en la pared.

Los ocupantes de otro coche que por allí pasó fueron los primeros en advertir tal desaguisado y en prestar auxilio a las personas del descarriado vehículo. En este



hallaron, levemente heridos, a dos pollos «bien», que, según dijeron al ser interrogados, iban camino de un elegante hotel a la sazón muy en boga. En él, tenían reservada mesa para solemnizar opíparamente—afirmaron—, en unión de varias amigas y amigos, la noche de Nochebuena, la fiesta del hogar.

¿Verdad, lector, que tan urgente y preciso menester, justificaba bien la excesiva velocidad que llevaba el coche y casi hasta el atropello realizado.

Porque, lector, has de saber que, además de las heridas leves que sufrieron aquellos dos pollos «bien» y de la contusión en el pecho que se ocasionó el mecánico, producida por el guía, el automóvil había pasado por encima de Alfonso Vieytes, al que, según diagnóstico del médico de la Casa de Socorro a donde fué llevado, tan atrocemente magulló el coche las piernas que se imponía la rápida amputación de ellas.

Tendido, luego, en la mesa de operaciones del Hospital provincial y desnudo de medio cuerpo para abajo, Alfonso semejava un escuálido armazón de figura humana preparado por el anatómico que se dispone, no a operar en la carne, sino a estudiar en los huesos.

Debidamente cloroformizado, la operación se realizó tal y como el doctor la anunciara, y amputadas ya las dos piernas a Vieytes, éste quedó como el tronco de esos árboles en el hacha del podador corta las ramas dañadas, que no deben vivir ni podrán retoñar nunca.

Y cuando la acción de la anestesia iba pasando, Alfonso Vieytes, de modo confuso, primero, más claras y aceleradas después, balbució sus primeras palabras:

«Gracias, muchas gracias, señores. ¡He comido y he dormido tan bien!... ¡Necesitaba tanto las dos cosas!... Día y medio sin probar bocado, y varias noches durmiendo a raso, sin cama ni abrigo—porque no es la escarcha la más agradable sábana, ¿verdad?—, ¡cómo hacen apreciar y agradecer en todo lo que valen un cómodo lecho y una comida abundante y buenal...»

«Gracias, señores; muchas gracias. Ahora que he comido y he dormido, ya puedo decir con ustedes, con todos: ¡Esta noche es Nochebuena!... ¡Estoy más contento!...»

—Que porque ha comido y ha dormido está ya contento—comentó sentenciosa y tristemente el practicante de turno en el Hospital—; ¡con qué poco se contenta un pobre!...

—Y con tan poco—añadió el médico operador—. Ya lo ve usted. A este desgraciado—que acabamos de cortarle las piernas—le basta, al despertar en esta cálida atmósfera, con haber soñado que tenía lo que desea para no morir, mientras tantos otros tiran durante su vida, lo que no saben desear... ¡porque les sobra!

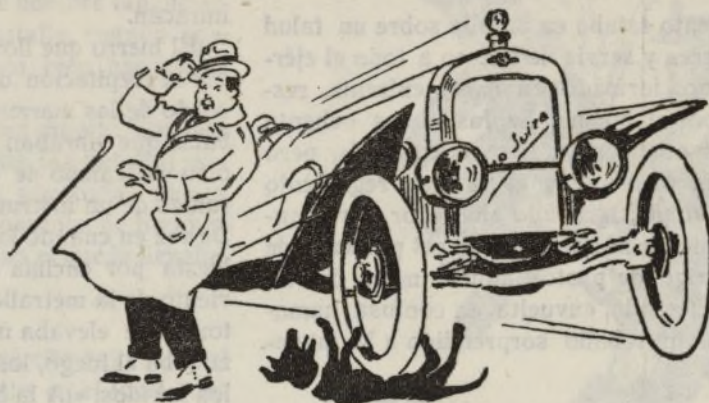


UN POLLO BIEN

Monos por OSCAR



Visto el frac,
con postín sin igual.



Cuando cojo el volante soy un «hacha».



En el Palace estoy bestial
bailando el tango.



Con la pelota hago cosas brutales.



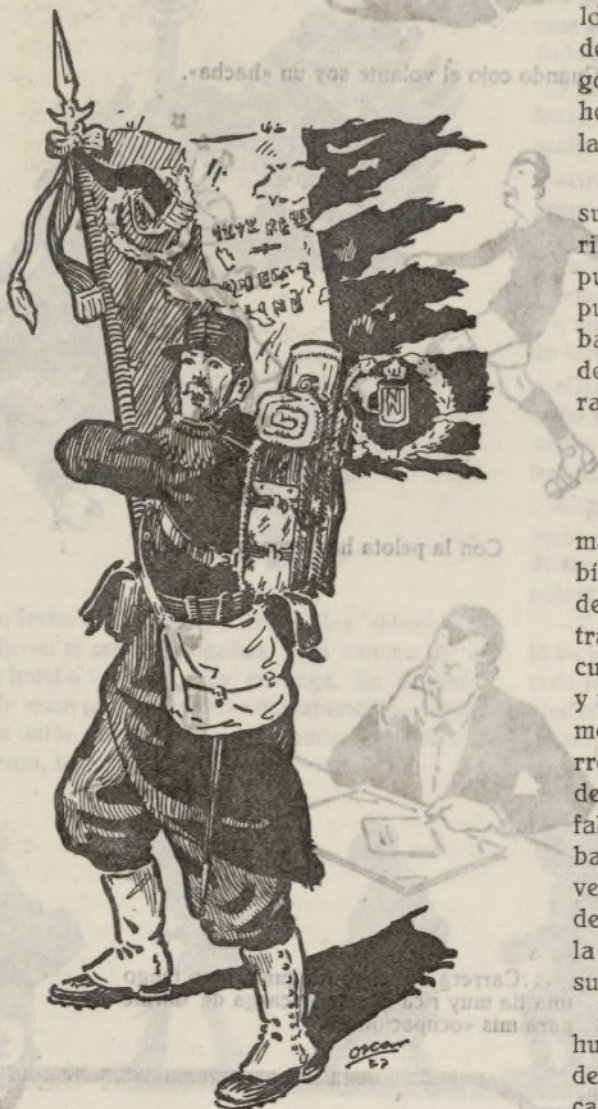
En el golf
entusiasmo a las gentes



...Carrera no tengo ninguna, pero tengo
una tía muy rica que se encarga de darme
para mis «ocupaciones».

I

El regimiento estaba en batalla sobre un talud de la vía férrea y servía de blanco a todo el ejército prusiano; formado en masa enfrente, resguardado por el bosque. Se fusilaba a ochenta metros. Los oficiales gritaban «¡A tierra!», pero nadie quería obedecer y el valiente regimiento permanecía en pie, agrupado alrededor de su bandera. En aquel gran horizonte de sol poniente, de espigas de trigo, de pastos, aquella masa de soldados, atormentada, envuelta en confusa humareda, parecía un rebaño sorprendido a la intem-



perie por el primer torbellino de un formidable huracán.

¡El hierro que llovía sobre aquel talud! Sólo se oía la crepitación del fuego de fusilería, el ruido sordo de las marmitas rodando por el foso, y las balas que vibraban largamente de un extremo a otro del campo de batalla, como las cuerdas tirantes de un instrumento siniestro y retumbante. De vez en cuando la bandera que se mantenía enhiesta por encima de la cabeza, agitada por el viento de la metralla, se perdía entre el humo; entonces se elevaba una voz grave y fiera que dominaba el fuego, los estertores, los juramentos de los heridos: «¡A la bandera, hijos míos, a la bandera!» Inmediatamente un oficial se lanzaba, vago como una sombra, en aquella niebla roja, y la heroica enseña, vuelta de nuevo a la vida, tremolaba otra vez por encima de la batalla.

¡Veintidós veces había caído...! Veintidós veces su astil, tibio todavía, escapado de una mano moribunda fué cogido, levantado de nuevo; y cuando puesto el sol, lo que restaba del regimiento, un puñado de hombres, tocó lentamente retirada, la bandera no era más que un guiñapo en manos del sargento Hornus, el vigésimo tercero abandonado de la jornada.

II

Este sargento Hornus era una verdadera bestia mayor, que apenas sabía poner su nombre y había echado veinte años para alcanzar los galones de suboficial. Todas las miserias del niño encontrado en la calle, todo el embrutecimiento del cuartel se veían retratados en aquella frente baja y testaruda, en aquella espalda arqueada por la mochila y en aquella marcha inconsciente de borrego en el rebaño. Era además bastante torpe de expresión más para ser abanderado no hace falta ser un gran orador. La tarde misma de la batalla, le dijo su coronel: «Tú tienes la bandera, veterano; consévala» Y sobre su pobre capote de campaña, atravesado por la lluvia y el fuego, la cantinera le colocó un cordoncillo de oro de subteniente.

Fué aquel el único orgullo de aquella vida de humildad. Inmediatamente se enderezó el busto del veterano. Aquel pobre ser, acostumbrado a caminar encorvado, la vista al suelo, adquirió

desde aquel punto una figura arrogante, la vista siempre alzada para ver flotar aquel deteriorado pedazo de trapo y sostenerlo muy derecho, muy alto, por encima de la muerte, de la traición, de la derrota.

Nadie guardaba memoria de hombre tan dichoso como Hornus los días de batalla, cuando sostenía el asta con ambas manos, bien asegurado en su funda de cuero...

Nadie le asustaba: ni la misma muerte. Después de Borny, después de Gravelotte, las batallas más encarnizadas, la bandera iba por todas partes destrozada, agujereada, transparente de heridas; pero siempre era el viejo Hornus el que la llevaba.

III

Luego llegó Septiembre, el ejército bajo Metz, el bloqueo y aquel prolongado alto en el lodo, donde se enmohecían los cañones, donde las primeras tropas del mundo, desmoralizadas por la inacción, la falta de víveres y de noticias, morían de fiebre y de aburrimiento al pie de sus posiciones. Ni jefes ni soldados abrigan la menor esperanza; sólo Hornus tenía confianza todavía. Su girón tricolor estaba con él, y mientras lo tuviese allí le parecía que no se había perdido nada. Desgraciadamente, como no se combatía, el coronel guardó la bandera en su residencia, en uno de los arrabales de Metz; y el valiente Hornus estaba casi como una madre que ha dado su hijo a amantar. Pensaba en él a incesantemente. Y cuando el tedio se apoderaba de él, se iba a Metz en una carrera y nada más que por haberla visto en el mismo sitio, muy tranquila contra la pared, regresaba lleno de valor, de paciencia, abrigando, bajo su tienda de campaña empapada en agua, sueños de batalla, marchas hacia adelante con los tres colores visibles, desplegados, flotando allá lejos sobre las trincheras prusianas.

Una orden del día del general Bazaine echó por tierra sus ilusiones. Una mañana, al despertarse, vió Hornus todo el campamento en rumor, los soldados por grupos, muy animados, excitados, lanzando gritos de rabia, alzando los puños hacia un mismo punto de la población, como si su cólera designase un culpable. Por todas partes oíanse los mismos gritos: «Sublevémonos... Que se le fusile...» Y los oficiales les dejaban expansionarse de aquella manera. Procuraban separarse de la tropa, la cabeza baja, como si tuviesen vergüenza ante los hombres. Era bochornoso, en efecto. Acababa de leerles a ciento cincuenta mil soldados, bien armados, todavía útiles, la orden del



mariscal que los entregaba al enemigo sin combate.

—¿Y las banderas?—preguntó Hornus, palideciendo.

Las banderas se entregaban también con el resto, con los fusiles, con lo que quedaba de los equipos, todo.

—¡Por vida de...!—tartamudeó Hornus, palideciendo.—¡Pues lo que es la mía no la han de tener!

Y se lanzó a la carrera en dirección a la ciudad.

IV

También reinaba allí animación inusitada, Guardia nacional, burgueses, guardias movilizados gritaban, se agitaban. Pasaban comisiones temblorosas, en dirección a la residencia del mariscal. Hornus, por su parte, no veía nada, no oía nada. Hablaba solo, subiéndolo por la calle del Arrabal.

—¡Quitarme mi bandera...! Vamos, hombre... ¿Puede ser eso posible? ¿Tienen derecho para ello? ¡Que dé a los prusianos lo que tiene él, sus carrozas doradas y la hermosa vajilla que se trajo

de Méjico. Pero eso es mío. Es mi honor y prohíbo que se le toque.

Todas estas frases entrecortadas las iba pronunciando por tiempos, pues la caminata que había emprendido le hacia tastamudear; pero en el fondo, el hombre tenía su idea. Una idea bien clara, maduramente reflexionada; coger la bandera, llevarla hasta el centro del regimiento y pasar por encima del vientre de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó, ni siquiera se le permitió entrar. El coronel, que estaba también furiosísimo, no quería ver a nadie... pero Hornus no lo entendía así.

Juró, gritó, zarandeo al ordenanza, gritando: «¡Mi bandera... quiero mi bandera...!» Por fin se abrió un balcón.

—¿Eres tu, Hornus?

—Sí, mi coronel, yo...

—Todas las banderas están en el arsenal...; no tienes más que ir allá y se te entregará un recibo...

—¿Un recibo? ¿Para qué?

—Esa es la orden del Mariscal...

—Pero, coronel...

—¡Déjame en paz!

Y se cerró el balcón.

El viejo Hornus se tambaleaba como un borracho.

—¡Un recibo...! ¡Un recibo...!—repetía maquinalmente.

Por fin echó a andar, comprendiendo tan solo una cosa, es decir, que la bandera estaba en el arsenal y que era preciso volverla a ver a toda costa.

V

Las grandes puertas del Arsenal estaban abiertas de par en par para dar paso a los furgones prusianos que esperaban en fila en el patio. Al entrar sintió Hornus un escalofrío. Allí estaban todos los demás abanderados, cincuenta o sesenta oficiales, afligidos, silenciosos; y aquellos carruajes oscuros, sombríos bajo la lluvia, aquellos hombres agrupados detrás, la cabeza descubierta, le daba a todo el aspecto de un entierro.

En un rincón, todas las banderas del ejército

de Bazaine se amontonaban, confundidas sobre el empedrado cenagoso. Nada tan triste como aquellos girones de seda chillona, aquellos restos de franjas de oro y ástiles labrados, todo aquel aparato glorioso, tirado por tierra, sucio por el agua y el lodo. Un oficial de administración los tomaba uno por uno, y, al llamamiento, cada abanderado se adelantaba para recoger un recibo. Tiesos, impasibles, dos oficiales prusianos vigilaban el cargamento.

¡Y vosotros ibais así, oh santos harapos gloriosos, desplegando vuestros desgarrones, barriendo el empedrado tristemente, como pájaros con las alas rotas! ¡Ibais con la vergüenza de las bellas cosas manchadas, y cada una os llevabais un poco de Francial El sol de las largas marchas quedaba entre vuestros pliegues atravesados. ¡En las señales de las balas, conservabais el recuerdo de los muertos desconocidos, caídos al azar bajo el estandarte adorado...!

—¡Hornus, que te llaman! Anda a recoger el recibo...

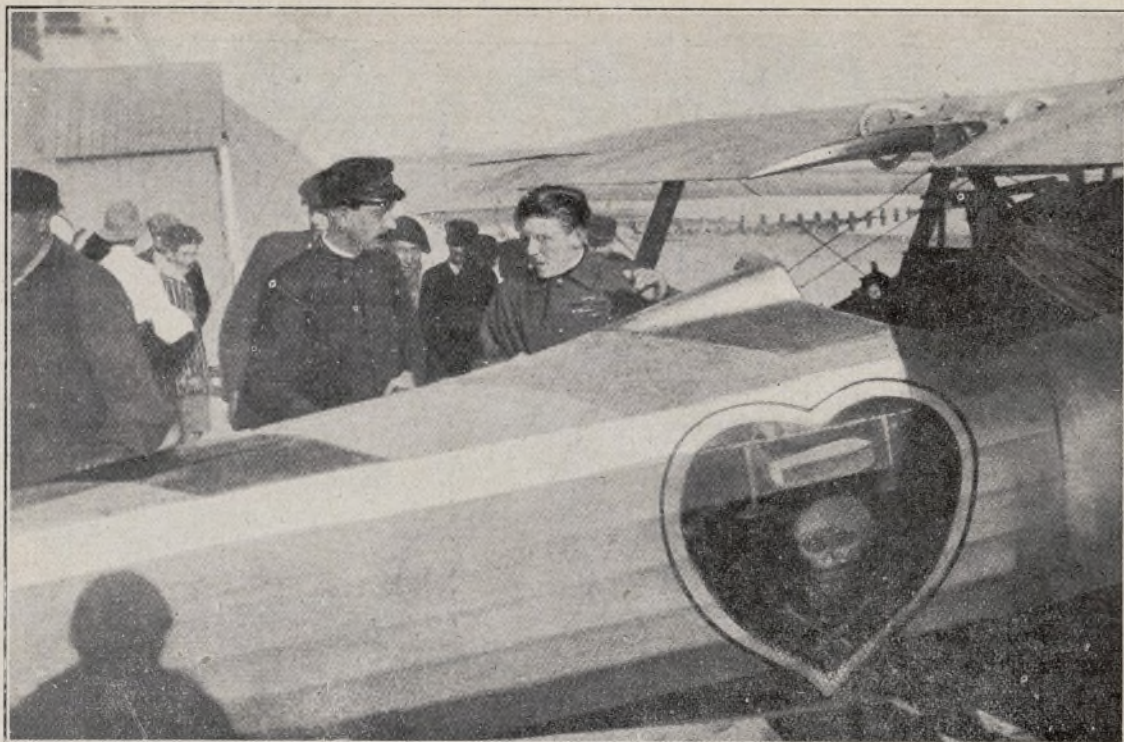
Se trataba, en efecto, de un recibo.

La bandera estaba ante él. Era, efectivamente, la suya, la más hermosa, la más mutilada de todas... Y al volverla a ver creyó estar todavía allá arriba, sobre el talud. Sentía cantar las balas, las marmitas rotas y la voz del coronel: «¡A la bandera, hijos míos...!» Luego sus veintidós camaradas por tierra, y él vigésimo tercero abanderado, precipitándose a su vez para volver a levantar, sostener la pobre bandera, que vacilaba, falta de brazo. ¡Oh! Aquel día había jurado defenderla, guardarla hasta la muerte. Y sin embargo...

De pensar en ello, toda la sangre de su corazón se le subió a la cabeza. Ebrio, trastornado, se lanzó sobre el oficial prusiano, le arrancó la enseña amadísima, que cogió afanoso, avaramente; luego trató de levantarla todavía, muy alta, muy derecha, gritando: «¡A la ban...!» pero su voz se ahogó en su garganta. Sintió temblar el ástil, resbalar, deslizarse entre sus manos. En aquel aire enervante, ese aire de muerte que pesa sobre las poblaciones rendidas, las banderas no podían flotar ya; nada de valiente y fiero podía ya vivir...

¡Y el viejo Hornus cayó muerto, como herido por un rayo!





EL AVIADOR NUNGESSER CUENTA SUS AVENTURAS

Reconstitución de los combates aéreos

El capitán Carlos Nungesser es una de las figuras más sobresalientes de la aviación de guerra en Francia. «Cazador legendario», según se declaró cuando la guerra, fué notable en las hazañas y ganó la Medalla militar al empezar la campaña, en la aviación de bombardeo y en la aviación de combate, donde no dejó de significarse, a pesar de sus 17 heridas recibidas. Destruyó 45 aparatos enemigos y era tanto su arrojo, que los días de convalecencia cuando caía herido, los pasaba en el frente y sin restañar sus heridas, se lanzaba al espacio en busca del aeronave contrario; lo que le valió la roseta de la Legión de Honor. Era un incomparable piloto de caza y constituía un ejemplo de tenacidad, de audacia y de orgulloso desprecio de la muerte. Tal es el héroe que en la actualidad ocupa la atención de la prensa francesa, por alternar su vida de pájaro, con conferencias que da en público, para salvar a la aviación de la crisis que atraviesa. Nungesser reconstituye en sus conferencias muchos de sus combates. Esto es tanto más interesante, cuanto que se trata de las hazañas llevadas a cabo, desde el principio al fin de la guerra, por el más terrible adversario de los alemanes por el aire, y de un sobreviviente del valor. Sus bellas aventuras, narradas por el mismo, bien merecen ser puestas en letras de molde.

* * *

«¿Por qué hablo en meeting? La razón es bien sencilla: deseo interesar al público, el que hace tiempo, parece desdeñar las cuestiones aéreas. El éxito de la aviación depende únicamente del entusiasmo del pueblo. Si no se hubiera hablado nunca del ciclismo y del auto-

movilismo, no veríamos hoy la bicicleta y el auto surcar las calles y las villas en número cada vez más creciente.

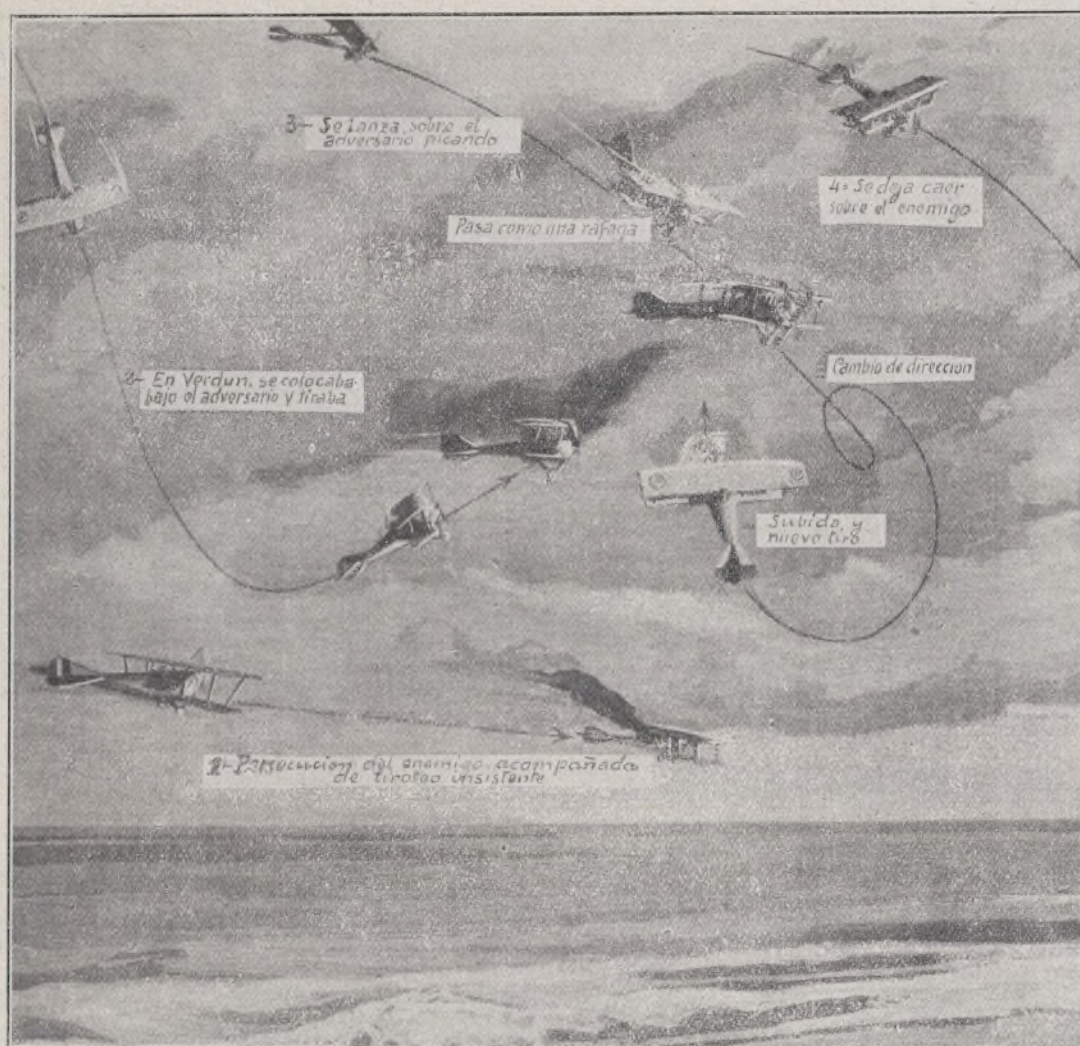
Lo mismo pasa con el avión: interesado a las masas y ellas vendrán a él. Las conferencias deben cumplir este propósito. Además, los organizadores de ellas deben tender a interesar al público, modernizando los espectáculos que presenten, que pueden ser carreras en línea entre competidores de valor, con aparatos bien estudiados y motores cuidadosamente escogidos para evitar los accidentes.

Yo pienso decirle sin pedantería: mis reuniones son inimitables por la buena razón que he vivido los hechos, y por mí solo. Con tres colaboradores que representan mis víctimas, los excelentes Bellot, Lemoigne y Weiss, reconstituyo muchas de mis victorias.

Mis primeras conferencias han probado que el público entendía el interés de esta propaganda, ya que acudió en inmenso número. En Dinand, notablemente, se presentaron más de 20.000 personas, un número bastante crecido, si se tiene en cuenta que la cifra record en una manifestación deportiva no había pasado de 5.000. Y lo mismo sucedió en La Baule.

Gracias a un procedimiento químico muy ingenioso, cuando yo desarrollo mi ataque, una espesa humareda se desprende del avión a quien he vencido, haciéndole víctima del fuego, el cual desciende en zig zag, como luchando contra la caída, y dejándose caer y no elevándose hasta llegar a unos 200 metros del suelo.

Empleo un aparato de tipo Bébé-Nieuport, de 16 metros, con el cual destruí 28 aviones enemigos. Mi motor, un 130 H. P. Clerget, es el mismo que yo tenía en la



guerra. He de advertir que de todo el material tengo dos ejemplares para ponerme al abrigo de incidentes posteriores. En tales empresas es preciso no fiar nada a lo imprevisto, ni estar a la merced de un contratiempo. Hay que cumplir lo que se ha prometido. Yo anuncio que reproduzco exactamente mi guerra, toda mi guerra. El efecto sería desastroso si una *panne* me impidiera operar.

No se trata simplemente de un ensayo de vulgarización de la locomoción aérea. Deseo que mis meetings sean útiles y provechosos a la aviación francesa; tan es así que dejo el 50 por ciento de los beneficios a la Subsecretaría de la Aeronáutica, después de cada reunión para los laboratorios aerodinámicos. Y os certifico que las cuentas son llevadas de una manera escrupulosamente exactas.

Espero que mi parte será igualmente importante. Acabo de casarme. Mi mujer no tiene más que diez y nueve años y deseo que no la falte nada; por esta razón es por lo que muestro mis alas al público. Tengo la intención de organizar una gran vuelta al mundo. Pero es preciso conocer lo que es la aviación para no lanzarse a semejante aventura sin una larga y minuciosa preparación. Yo me consagro ahora a ella y no cometeré la indiscreción de revelar mis intenciones hasta que esté

absolutamente cierto de realizarlas. Es más seguro y más razonable hablar del pasado que de lo porvenir.

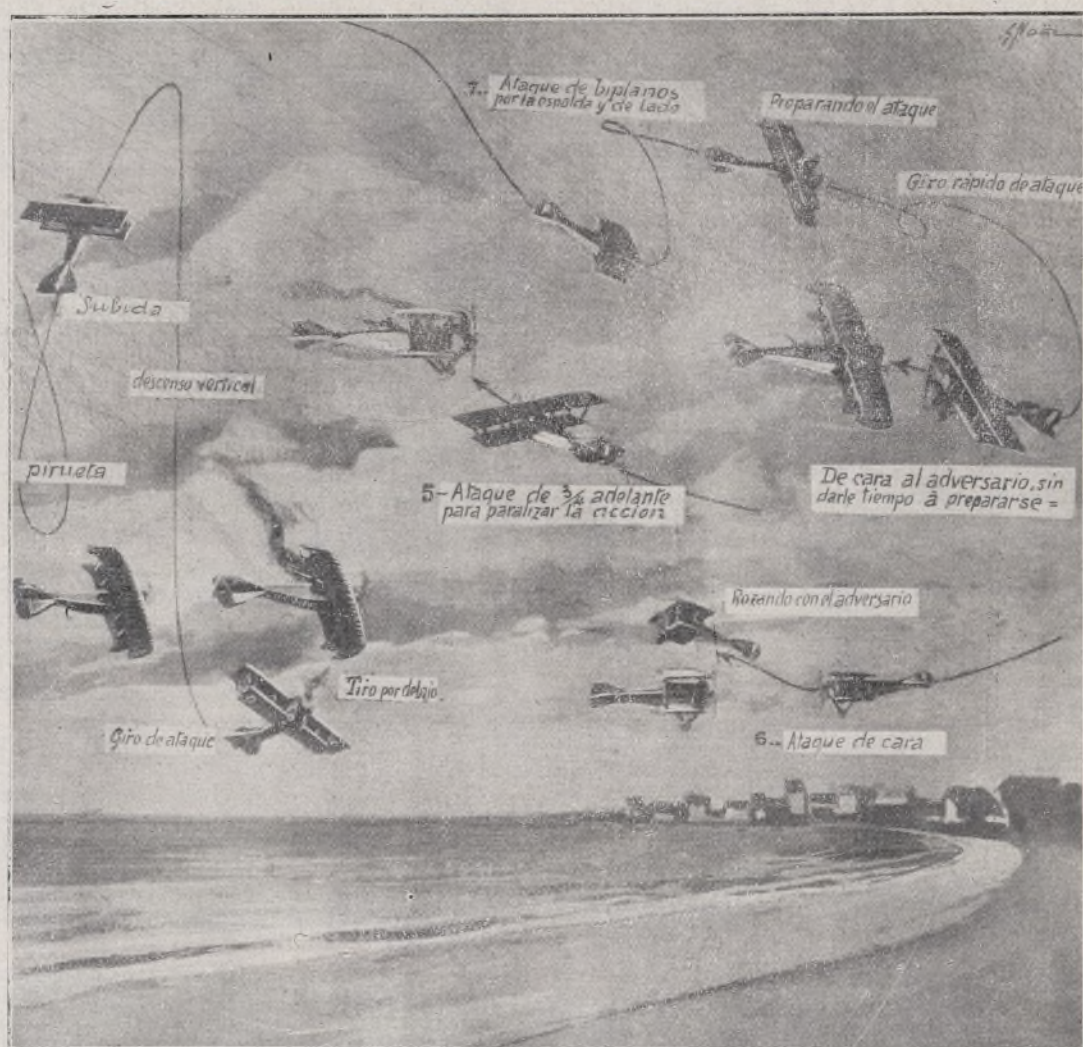
En mis conferencias he reproducido mis combates de guerra. Contaré alguno muy interesante.

El día 31 de Julio de 1915, al ver cinco aviones enemigos que se dirigían hacia Nancy, tomé altura para atacarles. Uno de ellos volaba hacia la társena de Bezaumont para bombardearla. Fui a su encuentro. Mi ametralladora tiró hacia él cuando estábamos a unos 50 metros; logró agujerear el radiador derecho y la canalización del agua y por lo tanto, originó la parada del motor. El adversario era un inmenso Albatros. Manióbró para aterrizar y fué a posarse entre las trincheras francesas y alemanas. Fué capturado, sin embargo. La artillería quiso apropiarse de mi victoria, diciendo que yo no había tirado; una investigación aclaró mi éxito y fuí citado en la orden de guerra de 9 de Agosto de 1915.

Esta victoria me valió entrenarme en la caza. Mi plan de combate era 53 bombardeos de día o de noche y una victoria oficial.

A Nancy fui enviado después de los primeros días de aprendizaje.

Al proceder a un ensayo de mi ametralladora, a 2.500 metros de altura en los alrededores de Nomeny, vi súbitamente dos aviones adversarios. Me lancé a ellos.



Uno huyó, pero el otro, más bravo, me esperó y me hizo frente.

Una caza emocionante.

Comencé por abrir el fuego a 100 metros de distancia. Las balas llovían de una y otra parte. Tiré tres bandas de 47 balas cada una sin resultado. ¡Diablos! y no me quedaba más que una. Era preciso economizarlas. Juré para otra vez ser más prudente y económico. Me coloqué paralelamente al enemigo para evitar el tiro y cuando juzgué el momento oportuno me dejé resbalar por debajo del enemigo a unos cincuenta metros por detrás del estabilizador. De esta manera no corría riesgo de ser tocado. Sintiendo al alemán tan próximo, necesité de toda mi energía para no tirarle. Este pensó, sin duda, que yo me ponía al abrigo por no tener municiones. Continuó arrojando proyectiles, aunque en vano, tal vez para demostrar sencillamente que las ametralladoras alemanas disponían en ese momento, de más cartuchos que nuestros pobres Lewis, con bandas de 47 balas.

Me aproximé insensiblemente y pronto estuve a unos diez metros del avión. Abandoné entonces la dirección, me levanté comenzando a disparar mis 24 últimas balas.

El alemán picó de nariz a pleno motor con el piloto

muerto. El aparato cayó como una piedra por delante de mí, pudiendo evitar un choque gracias a un rizo que hice. Vuelo de espaldas. Y tuve una visión viviente: el observador con la cabeza hacia abajo se agarraba desesperadamente al manipulador de la ametralladora que acabó por ceder, arrastrando con él al desgraciado. Su cuerpo se balanceó espantosamente, como un gimnasta en el trapecio, todavía agarrado a la armadura metálica de la ametralladora, hasta que se estrelló contra el suelo, mientras que el avión, convertido en llamas continuaba en su descenso. Por este hecho se me concedió la Legión de honor, con una nota muy laudatoria de mi servicio.

En el curso de mis meetings he reconstituido este combate, por las diversas razones expuestas: primer éxito como cazador, concesión de la Legión de honor y por encima de todo la caída alucinante del desgraciado observador.

También fui obligado a interrumpir mis éxitos. El 29 de Enero de 1916 ensayando un nuevo aparato de caza, di una terrible caída. Me levantaron con las piernas deshechas y contusionado gravemente. Fui considerado como muerto. Dos meses después ocupé mi plaza en Verdun. Rehuí de la convalecencia y ayudándome de muletas me hice colocar en mi avión.

Los doctores me tomaban por un loco cuando les contaba mis proyectos y mis correrías. En seis días, libré 12 combates y tuve 3 victorias.

El 25 de Abril atacué a tres enemigos y destruí a uno. Al día siguiente sostuve una verdadera batalla donde jugué el papel de única víctima.

Me había lanzado en medio de una escuadrilla de seis aviones, compuesta de tres Jokkers y tres L. V. G. Uno de ellos detrás, destacado de los otros. Yo tiro y gano. Cae envuelto en llamas en la selva de Spincourt. Furiosos los otros en lugar de huir se agrupan, cercándome y abriendo el fuego. Más de mil balas buscan mi aparato L. V. G. Otro hubiera cedido, en vista que eran cinco armados hasta los dientes y yo solo, con una pequeña dotación de cartuchos.

Una idea vino a mí, quizá loca, quizá saludable. Me aproximo a mis agresores y me coloco en medio de ellos, con decisión. Los ametrallo enérgicamente y no se atreven a contestar por no arriesgarse a ser muertos. Finalmente, comprobando la inutilidad de sus esfuerzos, abandonaron la lucha. En cuanto a mí, no traté de perseguirlos. Al llegar a nuestras líneas, se vió que mi avión había sido alcanzado por 28 balas, de las cuales 7 fueron en el motor—solamente funcionaban 5 cilindros—Los mandos estaban medio seccionados, una bala atravesó mi casco; otra había venido a morir a uno de mis zapatos y mis vestidos estaban taladrados por otras; recuerdo siempre este combate y otros en que jugué el papel de víctima, porque demuestran a la juventud que en la vida no hay que desesperar nunca aunque los obstáculos acumulados sean muchos, porque siempre hay medios de salvarlos.

Por ejemplo, el 22 de Junio de 1916 atacué a dos aviones de caza enemigos, armados como los alemanes saben hacerlo. Más de 1.500 cartuchos arrojaron sobre mí. Una de ellas me hirió y las demás transformaron mi aparato en una criba. Faltaba vengarme, pero esto sería duro y mis dos adversarios eran verdaderos virtuosos. El combate duraba cerca de una hora, a 3.000 metros sobre las trincheras. Tan pronto pasábamos del campo francés al alemán y viceversa. En fin, a fuerza de maniobrar, habiendo encontrado buena coyuntura, yo me lancé, como para atravesar a uno de ellos. Una evolución rápida, una ráfaga y enseguida hacia el otro, a quien atacué de cara. tirándole 64 balas que le arrojaron al suelo, donde su motor se hundió profundamente en la tierra, en terreno de Lamorville. Yo me volví apresuradamente y cuando llegué a tierra ví que mi aparato me sostuvo de milagro.

Un mes después, salía del hospital de curar mi herida y el 21 de Julio abati a un Aviatik flanqueado por un Jokker.

El 26 de Septiembre de 1916 fué un día feliz; logré un triple triunfo, que hacía subir a 17 mi tablero de victorias. A las 7 y 15 minutos encontré mi primera víctima a quien tiroteé y vencí, entre Spincourt y Lechelle. A las 8 y 5 al descender a 600 metros me sobrecogió las granadas incendiarias que me cercaron, lanzadas por la artillería gruesa enemiga. Tiré bombas explosivas incendiarias, destruyendo el puesto artillero. En fin, a las 11, triunfé de un alemán escogido en una escuadrilla de seis biplanos de combate.

Un día, encontré seis aviones en formación de V. Al verles así, me dió la idea de mostrar mi destreza. Atravesé el grupo como un bólido, tirando a derecha y a izquierda y tuve la suerte de abatir a dos. Otra vez, habiendo sabido que una patrulla de ocho triplanos Jokker evolucionaba en la costa de Ostende, partí para este sitio y les atacué por detrás. No tuve el temerario proyecto de hacer frente a todos, sino que me contenté en atacar al que estaba en cola, al que tiré y le hice *morder el polvo*. Precipitadamente escapé y me oculté entre las nubes. Mi jornada de Dunkerque me valió 16 victorias, de ellas nueve oficiales. Esta villa me ofreció una placa de oro, en recuerdo de mi paso por su hospital, con el letrero: «al piloto incomparable, de valor y energía excepcional».

En 1918 atacué a las trincheras enemigas, a metrallando los abrigos alemanes a ras del suelo. En el mes de Junio tuve el honor y la alegría de recibir, en plena batalla, la roseta de la Legión de Honor. Conté, hasta entonces, 34 victorias.

El 14 de Agosto hice una cuádruple victoria; incendié trincheras enemigas y batí a un avión.

En fin yo terminé con 45 éxitos oficiales, teniendo en mi cuerpo y cara trazas imborrables de mis heridas.

¿Mis métodos? Contesto, como contesté al general Nivelle, que me hizo el honor de preguntarme:

«Cuando me encuentro al frente del enemigo, y éste al alcance de mi ametralladora, cierro los ojos y tiro. Cuando les abro, unas veces veo al adversario cayendo en el espacio; otras, me encuentro en mi lecho del hospital.

No creo que haya ser consciente que no haya sentido el miedo a 4.000 ó 5.000 metros de altura; yo también le sentí, pero opuse a él la rabia, el coraje, el afán de atacar al enemigo, cuando le veía de proa. Luego influía en mí también el entusiasmo de triunfar, triunfar siempre... Así mismo he fiado mucho en mi buena estrella. Estoy seguro que si mis camaradas hubieran tenido esta confianza, hubieran tenido los mismos o mayores éxitos que los míos...»

✦ ✦ ✦ ✦ MAXIMAS ✦ ✦ ✦ ✦

Cuando los grandes hombres se dejan abatir por la continuidad de sus infortunios, demuestran que no los sufrian más que por la fortaleza de su ambición y no por la de su alma, y que, fuera de una gran vanidad, los héroes están hechos como los otros hombres.

Mayores virtudes se necesitan para sostener la buena fortuna que para soportar la mala.

Muchas veces hacemos cuestión de vanidad las pasiones, aunque sean las más criminales; pero la envidia es una pasión tímida y vergonzosa que nadie se atreve a confesar nunca.

Los celos son en cierto modo justos y razonables, puesto que se encaminan a conservar un bien que nos pertenece o que creemos que nos pertenece, mientras que la envidia es un furor incapaz de sufrir el bien ajeno.

EL SENTIDO OLFATORIO EN LAS HORMIGAS



Hormiga limpiándose las antenas

En las hormigas, el olor ocupa entre los sentidos el lugar preponderante y privilegiado por el hecho de que los *órganos olfativos en la hormiga* están *esteriorizados en las antenas móviles*, lo que la permite—como a otros insectos—trazar verdaderos planos geográficos oloríferos. Se puede dar idea aproximada de esta facultad especial imaginándose que poseen una nariz a los extremos de las patas; esta percepción olfativa, no sólo les da a conocer cualidades olorantes, sino también *formas* de ellas. Esta combinación del olor con el sentido especial anatómicamente deducida por Jorel y probada experimentalmente por R. Brun, es llamada *sentido topoquímico*. Como las hormigas son ante todo, tipos olfativos, es decir que el olfato es su sentido principal y existen muchas especies ciegas, se puede afirmar que el espacio, para estos insectos, es de orden olfativo.

¿Qué pruebas hay de que las hormigas son ante todo, tipos olfativos?

Hay dos grandes categorías de pruebas de observación y de experimentación, las unas directas y las otras indirectas. Entre las primeras citemos solamente el reconocimiento mutuo de hormigas de la misma colonia, la orientación sobre la pista y el desarrollo pronunciado de los lóbulos olfativos de sus ganglios cerebrales.

Y he aquí la prueba indirecta de nuestra aserción: el cuidado que tienen las hormigas en la limpieza de las antenas.

Hay una correlación estrecha y sugestiva entre la función y el órgano. Sin insistir sobre la descripción detallada del aparato de limpieza, estudiado cuidadosamente por Ch. Janet, trataremos de las partes más esenciales, que son las patas anteriores que tienen adherido a ellas el aparato de limpieza, llamado tibio-tarsiano. Lleva un espolón guarnecido de pelos, que es el *peine*. La parte opuesta del torso es cóncava, adaptada a la forma cilíndrica de la antena; está igualmente guarnecida de pelos, que es la *brocha*. Por medio de estos útiles instrumentos la hormiga hace la *toilette* de sus antenas, pasándolas y repasándolas entre el peine y la *brocha* y es sorprendente, al com-

probar estas operaciones de limpieza, que proceden de la misma manera lo mismo en medio de los combates o entre la más viva agitación. Esto prueba la importancia de sus antenas portadoras de los órganos olfativos. Cuando el *peine* y la *brocha* están engrasados o sucios, la hormiga les limpia con sus órganos bucales.

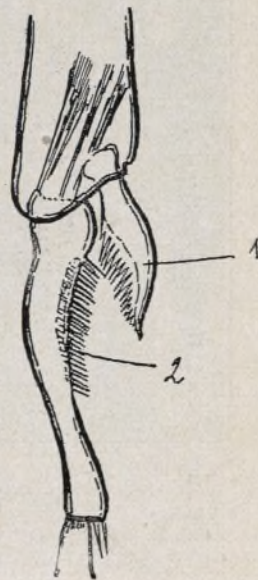
¿Cuál es el mecanismo de estos movimientos de limpieza? ¿Es un ritmo especial? ¿Es un acto voluntario? ¿O bien, la reacción—simple reflejo—a una excitación exterior.?

La experiencia ha resuelto este pequeño problema de la fisiología de las hormigas, que denotan hechos curiosísimos, como el que no dejen moverse sus patas, en actitud de limpieza—como queda ya reseñado aún amputándoles las antenas; antes por el contrario, el movimiento es más acelerado. y parece que la amputación la *provoca*. La hormiga busca en este movimiento agitado de las patas las antenas desaparecidas, sin encontrarlas. No ha de creerse que estos movimientos son de expresión del dolor o desesperación.

Este curioso fenómeno observado en las hormigas, *Formica rufa*, *Formica pratensis*, *Dentrolasius fuliginosus*, etc. puede explicarse de la siguiente manera.

Los movimientos de limpieza son producidos por la *disminución de la intensidad de las sensaciones olfativas, resultante del engrasamiento de los órganos olfativos*. Estos son pues, movimientos automáticos y reflejos que marcan la variación negativa de intensidad de las excitaciones olfativas. Después, las reacciones o las variaciones de la intensidad de los excitantes pertenecen, a que se designó por Jacques Loel y Georges Bohn bajo el nombre genérico de *sensibilidad diferencial*. Por consecuencia, los reflejos de limpieza de las hormigas son actos de la sensibilidad diferencial.

Se podría objetar que



1.º Peine del espolón.-2.º Brocha tarsiana

esta explicación de la ilusión de las hormigas amputadas es muy sencilla y no es nada en sí, pero se impone categóricamente puesto que ella permite explicar integralmente todos los hechos y gestos que verifican para la limpieza de sus antenas. El carácter forzado, criterio de la sensibilidad diferencial, resalta de las siguientes observaciones: durante los combates y aún en los momentos de los más grandes desórdenes causados a los hormigueros de la *Formica rufa*, se ve a ésta detenerse súbitamente para proceder pronto a la limpieza de las antenas.

Por otra parte las curiosas experiencias de J. S. Szymanski, que ha estudiado larga y pacientemente los reflejos de limpieza en los insectos más variados, vienen a corroborar esta manera de ver. Este sabio hace notar que los reflejos de limpieza pueden producirse por entorpecimiento, por el frío o el vacío. En el momento que una de estas causas afecta a la hormiga, ésta no percibe más, que sensaciones olfativas mitigadas de intensidad aminorada, de las que viene correlativamente la reacción de la limpieza de las antenas.

LA FIESTA DE LA PATRONA DE INFANTERIA



El Presidente del Directorio, General Primo de Rivera, con algunos de los concurrentes al te celebrado en el Palace Hotel.

LA VIDA EN LOS PAISES CENTRALES

LOS NUEVOS POBRES

La guerra multiplicó al mismo tiempo en todos los países, los *nuevos ricos*; pero a la vez, mayor número de *nuevos pobres*.

Los que en otro tiempo eran privilegiados: aristócratas, artistas, grandes patronos, etc., que conocían el lujo y la indolencia y que lo perdieron todo, quedando reducidos a ganarse el sustento diario, con la agravante de que nada habían aprendido al efecto, ni tenían ninguna preparación.

Todas las naciones que tomaron parte en la gran guerra, tienen muchos *nuevos pobres*, puesto que puede decirse que la antigua sociedad se deshizo, produciéndose numerosos cataclismos individuales.

Hungría es uno de los países más castigados. De sus 64 comitats, ha perdido 50; pero conserva sus 250.000 funcionarios del Estado, que suponen

750.000 personas que no tienen razón de existir en aquella sociedad.

Un gran número de oficiales fueron licenciados, y el descuaje de la Corona también privó de recursos a los rentistas, afectando irremediablemente a todas las profesiones liberales. Estos, cuyos servicios no son absolutamente indispensables, son los más desgraciados... Para defenderse de la miseria, se han visto los aristócratas, los artistas, los abogados, los magistrados, los oficiales y otros, ingeniarse para encontrar



«El tío Roberto» fundador del Club de los desesperados.



Taller de fabricación de tapices instalado en la Dirección General de Correos de Budapest, para procurar un suplemento de salario a sus empleados.

en la medida de sus aptitudes, una ocupación más o menos lucrativa, que les impidiera morir de hambre. Una ciudad como la de Budapest, presenta hoy un aspecto, por demás curioso.

La gran trágica húngara, Emilia Markus, explota una jabonería; la actriz Eugenia Delladonna, ha abierto un salón de manicura. La gran *prima dona*, Ilka Palma, que llegó en sus tiempos de esplendor a condesa de Kinsty, tiene una pensión para extranjeros y ha fundado una escuela de teatro. La primera bailarina del Teatro Real, Emilia de Nirschky, da en París lecciones de baile. El conde Albert Apponyi, aprovechando sus buenas relaciones, ha montado una agencia de periódicos; es corresponsal de algunos periódicos de los Estados Unidos y procura a ciertos amigos la colaboración por la que les pagan ochenta dólares, lo que es una fortuna en Hungría.

La baronesa Dora Bauffy, también ha fundado una casa de modas, en la que emplea únicamente señoritas de la nobleza. El conde Karl Maghat, tiene una oficina de comisiones. El juez de distrito, doctor Peter Reich, está empleado en una librería; otro juez es zapatero y otro capintero. Algunos altos funcionarios del ministerio de comercio, están aprendiendo a ebanistas para irse a trabajar a la Argentina.

La Dirección general de Correos, ha anexionado a su organismo un taller de tejidos para que sus empleados puedan completar el sueldo y vivir ayudándose así.



He aquí otro aspecto de un taller anexionado a un Ministerio

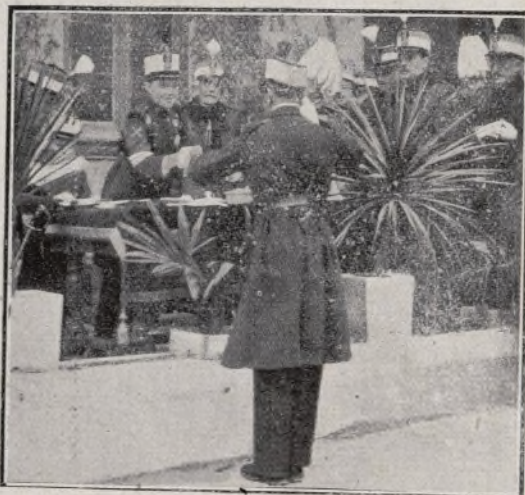
El consejero del Ministerio de Hacienda, von Matavosky, ha montado una fábrica de tapices en la que ocupa a más de trescientos intelectuales.

Lo mismo ocurre a los militares. El mariscal de campo Arpal von Tamasu, es carpintero, como el del mismo empleo Stromfeld. Este que estuvo preso diez y ocho meses, como jefe de los comunistas, aprendió el oficio en la prisión.

Pero entre todos, el más notable es un antiguo oficial, conocido por *El tío Roberto*, que ha fundado el *Club de los Desesperados*, al que afluyen multitud de clientes, que se suicidan para que *El tío Roberto* cuide después de lo que cada uno deja tras sí.

LA FIESTA DE LA PATRONA DE INFANTERIA

Con gran solemnidad y brillantez se ha celebrado en toda España por los infantes la fiesta de su Patrona. En el Cuartel del Regimiento del Rey, S. A. R. el Príncipe de Asturias, asistió a los festejos celebrados por los soldados con motivo de la festividad de la Purísima Concepción. En la presente fotografía, aparece S. A. R. entregando los premios de los concursos verificados entre soldados. Fué un acto solemne y sencillo, en el cual el concepto de la Patria flota sobre todos, embargando los ánimos en la emoción sincera de los momentos de los grandes ideales.



INFORMACIONES CURIOSAS

UN HEROE CON RABO

POR ANGEL LAMAS ARROYO

Leyendo en ARMAS Y LETRAS las proezas de perros guerreros, nacionales y extranjeros, yo, que jamás cogí la pluma en son de literatura, me he visto impulsado a tomarla, para evitar la injusticia de que uno de dichos animalitos, tan merecedor de alabanzas y agradecimiento como el primero, quede relegado al más inmerecido desconocimiento.

Este perro, voluntario en la Milicia, ha asistido con el Batallón Expedicionario del Regimiento de Andalucía, al que, como el que escribe, se honra en pertenecer actualmente, a treinta y tres hechos de armas de la campaña de reconquista de nuestro Marruecos Oriental, siendo herido tres veces, sin que sus bríos ni sus, aficiones guerreras disminuyeran lo más mínimo.

Propiedad de un pescador que lo llevaba en su vaporcito a la pesca, para que atrapase con la boca, zambulléndose en el agua, los besugos que caían en ella al ser izados a bordo, sintió un día terribles aficiones militares, (indudablemente el rancho influyó en su decisión) y no tuvo ya el amo medio de evitar se escapase al cuartel para hacer las delicias de los soldados, este perro «Pirracas» de nombre, feo como él solo, pero simpático como solo él, dejando abandonadas las faenas de la pesca, denigrantes desde entonces para su nueva condición. Vez hubo que llevado a su casa fuertemente atado y embarcado al zarpar el pesquero para sus tareas, al pasar por medio de la bahía, frente al cuartel y llegar a su fino olfato, sin duda, el tufo de las cocinas en que se confeccionaba el rancho, su manjar predilecto, saltó al agua y, recorriendo a nado más de una milla, se presentó puntual al toque de fagina a reclamar su correspondiente ración y los huesos y tajadas con que todos le obsequiaban a porfía.

Recibida por el Batallón la orden de embarcar para Melilla, creyó el amo llegada la hora de recuperarle y al efecto, la víspera, cuando con toda formalidad escuchaba en la Iglesia, cual un soldado más, la salve con que se pedía al cielo la victoria y fortuna para los que iban a marchar, le echó arteramente el lazo y le arrastró a su ca-



El perro «Pirracas», mascota del Batallón Expedicionario de Andalucía núm. 52, herido tres veces en combate y cuyas aficiones bélicas y valentía insuperable, le ha valido el sobrenombre de «EL HEROE CON RABO».

sa, donde quedó bien seguro y probablemente añorando sus futuras hazañas bélicas, truncadas por el corazón duro y egoísta del amo. Pero no en vano se hallaba dotado de una inteligencia poco común entre sus semejantes; a la mañana siguiente, cuando muy temprano salía la tropa para embarcar, aprovechando la ausencia del amo, que fué a despedirla y, seguramente, exacerbado su valor al oír el lejano marcial sonido de las cornetas, consiguió, en un supremo esfuerzo, arrancar la argolla a que quedó sujeto y, arrastrando la cadena que supo romper, se incorporó a los suyos cuando aun iban por las afueras de la población.

Cuentan que el amo al regresar a casa y verse burlado, le prometió furioso una paliza...

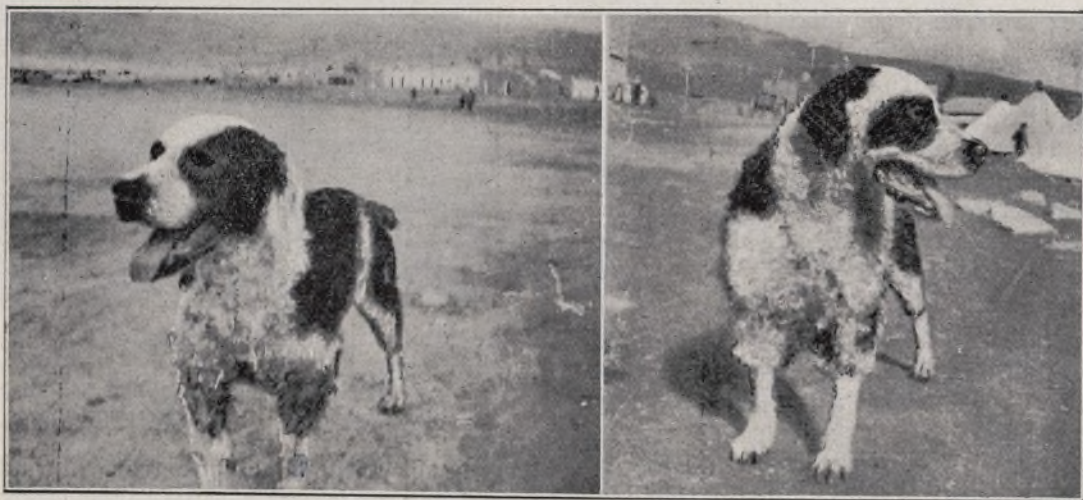
Desde los primeros momentos de su llegada a Africa, demostró su temple soportando los «paquetes» subido en los papapetos y aullando al enemigo que, valido de las tinieblas, cobardemente hostilizaba. Una noche de aquellas en que se esperaba el ataque a Melilla por los rebeldes y en que su Batallón cubría las trincheras que la protegían, se lanzó de pronto fuera de ellas furioso ladrando desaforadamente, sonaron descargas enemigas, contestaron los nuestros, apercibiéndose al punto y, los que quizá quisieron sorprender

el servicio y dar un buen golpe, hubieron de largarse. Regresó entonces el perro con una mano herida; tal fué su primer hecho de armas y su primer servicio.

El día que entró en fuego por primera vez la fuerza a que pertenecía, quiso contribuir con su arrojo, a la labor del Jefe, que la impulsó en el brioso avance con que se distinguió. Apenas iniciado el despliegue, y esto ya fué costumbre siempre en «Pirracas», se colocó delante de las guerrillas, y corrió al frente de ellas, sin consentir que nadie le adelantara, escarbando donde rebo-

buyó así a que ganaran la Medalla Militar un Comandante y un sargento que se hicieron obedecer hasta del perro, que salió gravemente herido en la cabeza.

La tercera herida la recibió en un combate, del que siempre seguramente se acordará por el nutrido cañoneo enemigo que con su Batallón hubo de soportar. Pero ¡granadas a él! se pasó el día corriendo el campo y allí donde se enterraba una de las muchas que no explotaban, arañaba furioso tratando de morderla. Al repasar al campamento se le vió en una pata, que, orgulloso osten-



«Pirracas», el HEROE CON RABO, en los ratos libres de servicio, se pasea alrededor del campamento impidiendo el acceso al mismo a cuantas personas no visten la indumentaria militar.

taban las balas, y ladrando, ya alegremente, y cual animando a la tropa, ya furiosamente al enemigo, volviendo extrañado a las líneas cada vez que terminaba un salto, cual suplicando siguiera el avance para dar cuenta de los infieles. Milagro fué no muriera algún día, tanto por las balas de los suyos ante cuyas posiciones de fuego tranquilo se estacionaba, como por el fuego enemigo, que él, mejor que muchos, podía decir como arrecia en ocasiones.

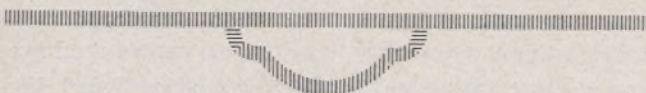
Una noche en que cayeron muchos del Batallón, cuando se hacía un repliegue, acosados por el enemigo que había logrado casi envolver, cuando a un grupo de valientes, dirigidos por el Jefe, luchó bravamente para proteger, en un cuerpo a cuerpo, la retirada del Coronel de la vanguardia herido, de su ayudante muerto y de otras bajas. Contri-

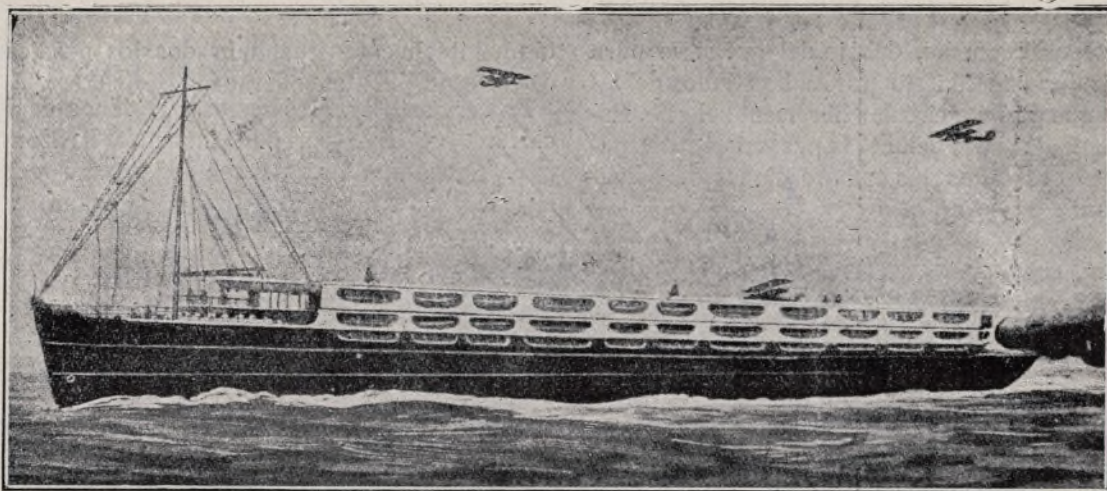
taba una herida que por su tamaño parecía producida por un balín de sraphuell.

Hoy en día la quinta de 1920, que va a ser reparada, dice que «Pirracas» *está cumplido* y quiere llevárselo a España; le han comprado un collar con la cinta verde de la Medalla de Marruecos y luce arrogante sus tres aspas de herido. La Cruz Roja no se atrevieron a dársela, pero bien la ganó. ¿Se resignará a marchar?. Quizá pues ya es veterano y querrá mostrar a su antiguo amo los laureles que conquistó.

Andalucía perderá su mascota y un soldado más, siempre vigilante, siempre atrevido y siempre sumiso, hasta el punto de dar la mano a quien le riñe...

¿Le obsequiará su amo anterior, con la tunda ofrecida?





La aviación y los viajes transatlánticos

El director de las Construcciones Navales inglesas, Eustaquio de Eyncourt, a quien la Marina británica debe el plan de sus últimos y magníficos navíos de combate, ha presentado en el último Congreso anual de Arquitecturas navales, un interesantísimo trabajo sobre el papel que la aviación puede jugar en el transporte de pasajeros y correspondencia a través del Atlántico y otros mares.

No se trata de ejecutar estos impresionantes trayectos tan largos en aviones solamente, pues la realización de tal empresa es un secreto del porvenir y no entra, por otra parte, en la especialidad de Eustaquio Eyncourt que es ante todo «el hombre de los navíos». El hace una combinación de dos sistemas de navegación, la del mar y la del aire, que ha de producir una simplificación y una notable economía de tiempo y de dinero en los viajes marítimos.

He aquí el principio de su sistema. Un paquebot, construido de una forma especial, está guarnecido de un puente que permite el vuelo y el aterrizaje de los aviones. Este paquebot lleva colocados a sus flancos hangares, y en ellos un número más o menos considerable de aeroplanos. En la salida, el navío puede recibir directamente los pasajeros transportados en aéreos desde diferentes pueblos del interior. Este sistema funciona ya en ciertas líneas, como en la de París a Cherbourg, donde hacen escala un gran número de paquebots, pero los pasajeros, son sencillamente depositados en el puerto y desde él son conducidos a los barcos. El sistema de Eyncourt permite depositarlos a bordo del mismo navío. Primera simplificación.

La segunda, y es esta mejor aún, es que una vez en ruta el paquebot, los aeroplanos pueden todavía conducir hasta él, gracias a la plataforma de aterrizaje, los pasajeros y la correspondencia que provengan de los pueblos costeros que estén en la vecindad del trayecto marítimo. Se estima en el mundo de la aviación que la maniobra de acceso a un navío en marcha así como el vuelo desde él, es en la mayoría de las circunstancias atmosféricas perfectamente practicable. Esta opinión está basada en cerca de 600 experiencias de este género: hechas a bordo de los navíos porta-aviones ingleses «Argus» y «Eagle» en toda suerte de condiciones de tiempo y de mar.

Al fin del viaje se ejecutaría la maniobra inversa. Tomemos el caso de un paquebot que vá desde Europa a Nueva-York. Cuando se aproximara a la costa de los Estados Unidos, se destacarían un cierto número de aviones que llevarían los viajeros y correspondencia a las ciudades y pueblos inmediatos, como Halifar, Montreal, Boston, etcétera. El tiempo ganado con este sistema sería considerable. El número de pueblos así servidos por los paquebots sería en un gran número en las líneas de Inglaterra a Australia y de Francia a los mares de la China.

En una palabra, este sistema podría aplicarse a todas las compañías de navegación.

El grabado indica suficientemente la forma de estos paquebots. Casi todo el navío va ocupado en cubierta con el puente de aterrizaje, dejando sólo un espacio, en la proa, de unos 30 metros, que se utiliza para llevar el mástil necesario para los fuegos de navegación y las antenas de la telegrafía sin hilos y las grúas para el embarco y desembarco de las mercancías.

El segundo puente, debajo del que sirve para aterrizaje, está abierto por ambos lados de tal modo que permite circular libremente el aire. Este puente tiene por delante la pasarela de navegación y en los lados las embarcaciones de salvamento.

Dos grandes escotillas, con ascensores, hacen comunicar el puente superior con dos hangares colocados en los flancos del navío y sirviendo de depósito a 18 o 20 aviones.

El tercer puente, que se extiende de delante a atrás del navío, lleva un cierto número de cabinas y todas las instalaciones suntuosas a que es-

tán habitualmente acostumbrados los pasajeros de estos paquebots modernos.

La evacuación de los humos y residuos de las calderas, se hace por una chimenea horizontal que va por uno de los flancos a la parte de popa. Este sistema ya ha sido aplicado en algunos cruceros de guerra porta-aviones.

El paquebot, desplazaría 25.000 toneladas, con las dimensiones de 180 metros de largo y 33 de ancho el «campo» o puente de aterrizaje.

Se ve por lo tanto, que el proyecto de Eyncourt es de los más interesantes, y de esperar es, que no transcurrirá mucho tiempo hasta realizar su implantación.

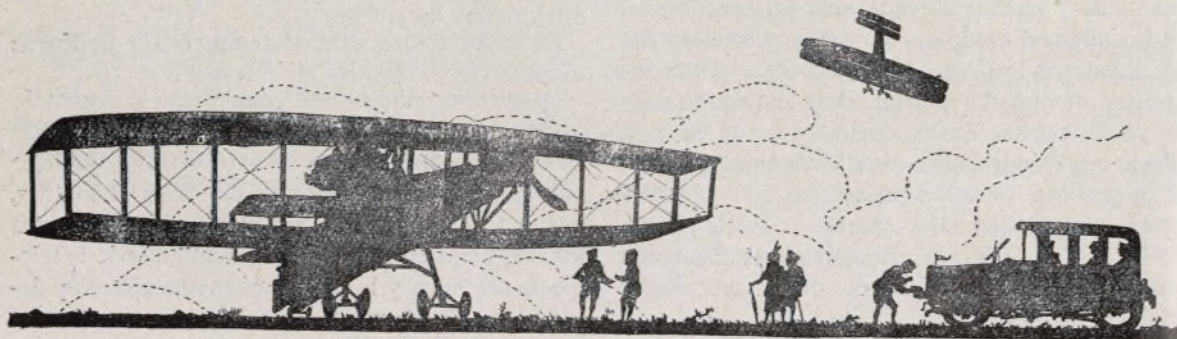
FABULA EN PROSA
POR FENELON

EL MOCHUELO QUE SE QUERIA CASAR

Un joven mochuelo que se había visto en una fuente y que se encontraba más hermoso, no diré ya que el día, porque le encontraba muy desagradable, pero sí que la noche, que tenía para él grandes encantos, decía para sí: «He sacrificado a las Gracias: Venus me ciñó su cinto el día en que nací; los tiernos amorcillos, juguetones y risueños, revolotean en torno mío para acariciarme. Ya es tiempo que el rubio Himeneo me dé hijos tan graciosos como yo; serán el ornato de las florestas y las delicias de la noche. ¡Qué lástima que la raza de las más hermosas aves se perdiera! ¡Feliz de la esposa que se pasara la vida contemplándome!» Con este pensamiento, envió a la corneja a que pidiera de su parte a una joven águila, hija de la reina de los aires. La corneja no se atrevía a encargarse de esta embajada. «Me recibirá mal—decía—por proponer un casamiento tan desproporcionado. ¡Cómo! ¿El águila que se atreve a mirar el sol fijamente se casaría contigo, que ni tan sólo podrías abrir los ojos cuando es de día? Sería la manera de que los dos es-

posos no estuviérais nunca juntos; el uno saldría durante el día y el otro por la noche». El mochuelo, vano y pagado de sí, no entendió de razones. La corneja; para darle gusto, fué por fin a pedir la joven águila. Todos se rieron de su descabellada petición; y el águila le contestó: «Si el mochuelo quiere ser mi yerno, que vaya a saludarme en medio del aire después de salido el sol». El presuntuoso mochuelo quiso ir allá. Sus ojos quedaron ofuscados. Los rayos del sol le cegaron, y cayó de lo alto del aire sobre una roca. Todas las aves se echaron sobre él y le arrancaron las plumas. Se tuvo por bien dichoso de esconderse en su agujero y de casarse con la lechuza, que fué una linda dama de aquella mansión. Celebraron sus esponsales durante la noche y se encontraron uno al otro muy hermosos y muy agradables.

No hay que ir a buscar lo que está demasiado alto para nosotros ni vanagloriarse de las propias cualidades.



— PAGINAS DE ARTE —



AFILADOR DE ARMAS.—CUADRO POR FABRES.



Alfredo Machín y Enrique Wulchleger, magos de los animales, autores de la graciosa película.

Alfredo Machín y Enrique Wulchleger, fervientes amigos de los animales, han querido sencillamente demostrar que estos seres inferiores podían, como los hombres, sonreír para impresionar las telas de la pantalla cinematográfica.

El primero ya es conocido por haber hecho estudios fotográficos de la jungla africana, para consagrarlos al cinematógrafo. Después de haber observado personalmente, las costumbres de las fieras en libertad, transformó su jardín de Niza en un parque zoológico, donde viven, en buena inteligencia, los huéspedes de una moderna arca de Noé. A fuerza de estar en contacto con este pequeño pueblo y de observarlo, Machín, que es un excelente intérprete en escenas de cinema, se ha apercebido que la comedia animal no era en el fondo muy diferente de la comedia humana y ha tenido la idea de confiar a esta *troupe original* la interpretación de un escenario.

El empleo de los animales en el cinematógrafo, ha sido siempre bien acogido por el público. Los americanos sacan mucho partido y felices efectos de intervención, de un gato, de un perro o de pájaros en alguna novela o representación. Los animales son, generalmente, muy fotogénicos. Y se han visto a chimpancés, desempeñar papeles muy importantes en las cintas de aventuras. Pero nunca se había exigido a una colectividad animal el esfuerzo una colaboración estrecha y exclusiva. Es, por tanto, la apuesta que acaban de realizar, con el más completo éxito, los autores de la cinta, lo que nos va a dar a conocer escenas características y episodios muy interesantes en que los animales son los únicos actores.

Esta cinta, es un drama de amor, trazada con una irreverente gravedad e intenciones de paro-

DEL CAPÍTULO DE CURIOSIDADES

ANIMALES ACTORES CINEMATOGRAFICOS

dia, con el cual se divertirán los *amateurs* del cinema, que no han olvidado los grandes éxitos de estos últimos años: *Las hazañas de Elena*; *Un pobre amor* y *La Atlántida*. Después de un corto prólogo en que vemos al gallo en el lecho y prevenido para su canto, al tiempo de salir el sol, la escena nos describe la pasión desgraciada de un *bull-dog*, el rudo y jovial Jim, por la coqueta, pequeña perrita Elena, graciosa y frívola criatura, que no sueña más que en divertirse y en agradar. Miradles en la fotografía: con su pañuelo de seda flotante, su casquete y su pipa, el torpe Jim, no sabe conquistar a su fina compañía que se apoya con elegancia sobre su sombrilla festonada. Tendrá que luchar heroicamente para conquistar a ésta.

Del pueblo vecino, llega en auto un encantador fox, llamado Willy, muy cumplido, buen danzador, galante y árbitro de las elegancias caninas. Elena, a quien el grueso Jim importuna, se pone a flirtear con su seductor caballero, que la invita al *dancing*, donde triunfa en un brillante *jazz-band* de conejos. El fox la enseña el arte del *foxtrotter*, con gracia y de tanguear con desenvoltura. Se entienden también, que pocos días después se celebra solemnemente la boda de los dos bailarines.

La ceremonia fué magnífica. En cochecitos conducidos por perros, pasean por la plaza de la



He aquí el encargado del hotel donde se celebrará el banquete de boda, asegurándose si la mesa está bien dispuesta.



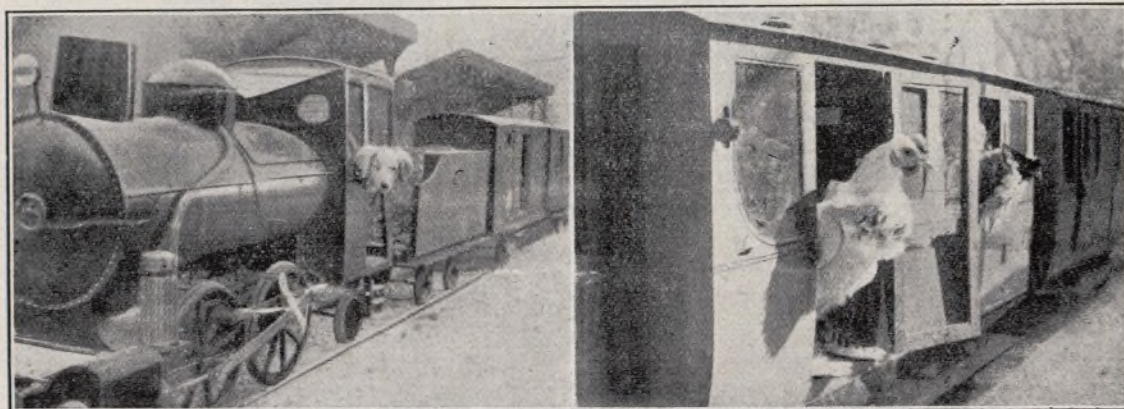
En esta curiosa película aparecen escenas graciosísimas como las que pueden verse en los adjuntos grabados.
La enamorada pareja después del enlace, al verse en la cámara nupcial, exclaman: ¡Al fin solos!...
En el bar del hotel, Willy y Elena, tomando el aperitivo.

iglesia. El banquete de bodas—un lunch de treinta cubiertos—suntuoso y escogido, permite admirar las bellas maneras de las gallinas que saben manejar con desenvoltura una cuchara y un vaso de Burdeos. Se ve a los gallos alargar el cuello sobre la mesa para invitar a su vecina. El alcalde pronuncia un discurso que encanta a los convidados primero, pero después les hace bostezar cruelmente. Y los invitados terminan gozosamente la jornada con numerosas atracciones, como la de un *ring*, en donde hubo un boxeo muy refido, cronometrado y dirigido por un conejo.

Pero el pobre Jim no podía participar de la alegría general. Rechinando los dientes se hallaba en un rincón, con su pipa corta. Y cuando llegó la noche y los recién casados se retiraron a la cámara nupcial, el celoso Jim hizo irrupción en ella, expulsando ruidosamente a su rival que escapó a galope, dejando el campo libre.

Elena sale en busca de su pobre marido desaparecido, tomando el tren. Jim, imitando a Maciste, trata de inmovilizar el convoy. No pudiendo conseguirlo, le hace tomar una falsa dirección. Una aguja pérfida, lanza al exprés al territorio del Toggar donde Titinea reina en un pueblo de cuadrumanos. El feroz Jim, en quien la pasión ha matado todo sentido moral, hace descarrilar el tren que es inmediatamente saqueado por los negligenas, según las mejores tradiciones folletinescas.

Elena es arrojada a las fieras. Se la hace encerrar. por la reina del Toggar en un subterráneo donde ha de sufrir el suplicio de las mujeres infieles: será devorada por una boa. En efecto, se ve llegar a ella la serpiente monstruosa. El minuto es trágico y la fiera y la víctima juegan esta escena con una verdad y una convicción, que no envidian nada a lo hecho en el teatro. Pero el encanto de la pobre cautiva, opera el milagro. El



El tren de los animales: El perro maquinista asomado a la ventanilla de la locomotora para saludar a su amigo el Jefe de la Estación.
Distinguidas viajeras de los departamentos de 1.ª clase.

guardián de la prisión, es un pobre ratoncillo, que no ha podido ser insensible a tanta gracia. El salva a su prisionera. Con una habilidad profesional hace un agujero por donde escapa la prisionera, temblando convulsivamente, y se pone de cara al monstruo, desafiándole a entablar un rudo combate.

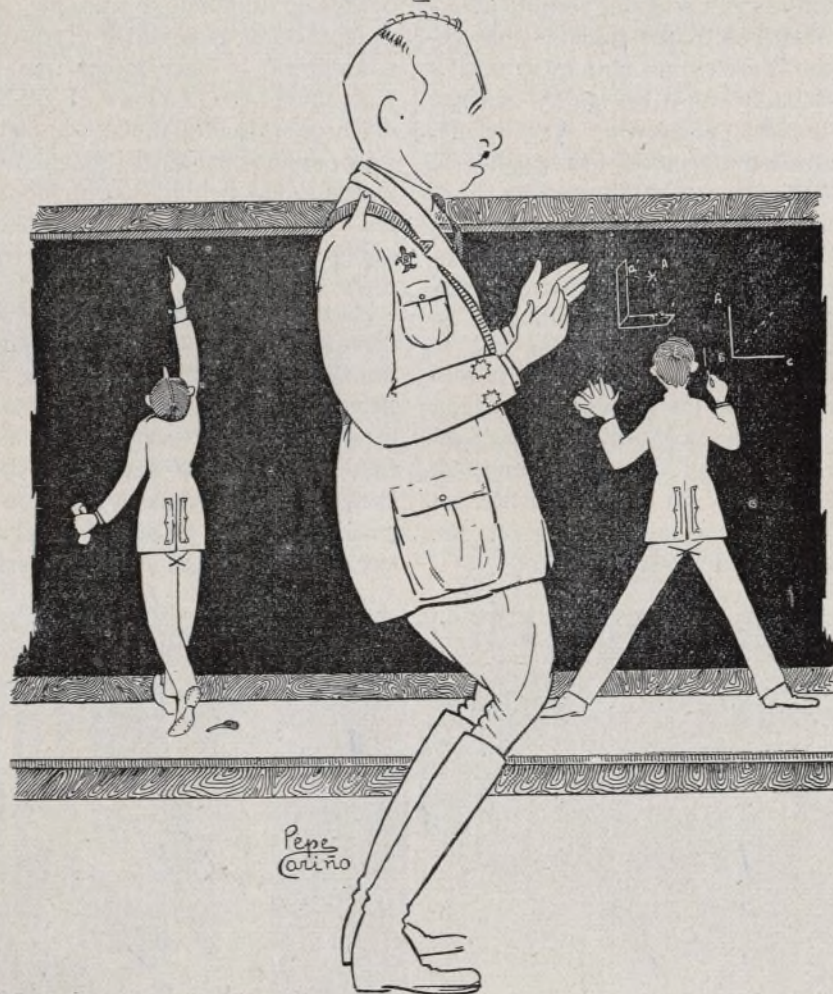
La fugitiva se esconde en una selva, donde encuentra, como llovido del cielo, a su pusilánime marido Willy, que la iba buscando, pero Jim, le obliga a ponerse de nuevo, en vergonzosa huida.

Después vienen mil aventuras patéticas. Elena regresa al pueblo, que la recibe en júbilo. Willy, ha desaparecido y Jim sigue brutal y fuerte como Douglas Fairbanks. La joven heroína, conociendo las tradiciones del cinema americano y admiran-

do las dotes de una fuerza muscular, cae contra lo previsto, en los brazos del robusto Jim y le promete una ternera inmortal.

Esta divertida cinta, ha de interesar a los cinematografistas de todo el mundo y causará el gozo de los niños y de los «grandes niños». Su presentación, sin accesorios, su villa, su camino de hierro eléctrico y sin «interiores» son prodigiosos. Antes que vuelva de América, donde se verificará su debut, hemos querido dar a los lectores una primera idea de esta ingeniosa película que tiene además la originalidad de introducir en el repertorio del ecrano una fantasía que, quizá, haga salir a los compositores de sus tiránicas rutinas.

MILITARES CONOCIDOS



MIGUEL ABRIAT.—Fué profesor de gran enjundia y provecho en el Alcázar toledano, y como guerrero, paseó sus múltiples hazañas en oriente y occidente de Marruecos.

Polemista de cuidado—y amigo de corazón—aunque le dicen chiflado—es honra de la Nación



La lucha por el destino

por
J. Luque



Las oficinas, ya particulares ya públicas (hay oficinas públicas muy particulares) son ámbitos dantescos, donde el hombre acude, no a desempeñar un destino, sino a luchar con él a brazo facturado.

Todo oficinista, más o menos amanuense, entabla desde el primer momento con su deber una lucha sorda como una tapia, un «match» constante, en el que pone en juego numerosas y diversas mañas para burlar al jefe y birlar al tiempo minutos de trabajo.

El cigarrillo era su primer cómplice. Cuando un oficinista se pone a liar un cigarrillo, tarda más que si fajase a un niño de pecho. Después de liado y encendido vienen las aspiraciones, modestas pero prolongadas; viene el darle ligeros golpes con el dedo meñique en la cabeza para quitarle humos; viene el depositarlo con un cuidado meticoloso sobre un lápiz o sobre un sobre; y viene el volverlo a encender sus treinta y cinco veces, que a minuto por vez, dan sus buenos treinta y cinco minutos por pitillo; calculen ustedes unos once cigarrillos durante las ocho horas de labor, y arrojará un líquido de holganza como para arrojarle un pisapapeles de bronce al empleado. Porque eso no es fumarse un cigarro, eso es fumarse la oficina.

Por esto a los jefes, en cuanto se enciende una cerilla, se les quema la sangre; pero el cigarrillo, ignoramos por qué, es algo intangible, como las armas de Roldán, y los más altos empleados, aunque sean gigantes, no se atreven a proscribirlo de sus pupitres.

El periódico, las visitas, hasta las necesidades fisiológicas, son otros tantos recursos a que apela el hombre en la lucha con su destino.

¡Lo que trabajan algunos por no trabajar!

Pero los jefes son unos hombres monstruosos, casi todos con grandes barbas, que tienen un empeño implacable y sienten un placer feroz en dar que hacer a sus subordinados y ponen en práctica otra serie de recursos y «llaves» para vencer su negligencia y morosidad.

El último de estos recursos estimulantes ha venido de América, y consiste en colgar en las paredes de las oficinas unos cartelitos con máximas y recomendaciones breves, pero concluyentes, que tienden a sembrar el pánico entre las masas y entre las mesas.

«Ordenadlo todo y lo haréis todo.»

«Trabajad en silencio.»

«El céntimo es la base del millón. El minuto es la del negocio.»

«Contribuir al aumento de las utilidades es contribuir a vuestra propia utilidad.»

«Acostumbrarse al trabajo es obtener una ganancia.»

«Timarse con la mecanógrafa es perder el tiempo.»

El oficinista, rodeado de estos cartelitos, no levanta la vista del papel. Siquiera sea por no verlos.

Porque a lo mejor, siguiendo uno de sus atavismos, va a guardarse un paquete de sobres para llevárselos a su casa y alza la cabeza y se echa a los ojos un letrado que dice: «Deja eso.»

La eficacia de estos rótulos resulta evidente y sería plausible si algunos no tuviesen en su expresión una dureza de turrón de guirlache.

Se exceden, hasta pecar en la grosería y meterse con el público.

Entra usted, por ejemplo, a saludar a un amigo que tiene la desgracia de ser dactilógrafo, y no hace más que asomar las narices por la ventanilla y decir campechanamente: «Buenos días, señores», y columbra usted este rotulito:

«Las visitas cortas. Tenemos mucho que hacer.»

Y se queda usted tan helado que le ponen dos guindas encima y lo puede servir un camarero.

Yo conozco un señor al que le sucedió esto; pero no se desconcertó. Tomó un pliego de papel, cogió una pluma, escribió con el mango y junto al rotulito en cuestión, prendió con un alfiler este otro:

«Lo primero que tienen ustedes que hacer es irse a freir espárragos.»



Hizo perfectamente. Bien está que se dogmatice a los empleados; pero no que se amoneste también al público; bien está que se le cuelgue al amanuense distraído un cartel corrector; pero no que se le cuelgue la culpa a las visitas.

Todas las costumbres extranjeras exigen para ser adaptadas al castellano cierta modificación. No se pueden implantar al pie de la letra, porque tienen sus peligros y surten efectos inesperados y contraproducentes.

Prueba de ello es lo que con esto mismo de los carteles le ha sucedido a cierto caballero, almacenista de pesetas por el método hipotecario.

Tiene en su oficina un contable que como tenedor deja chiquito al del mismísimo demonio. Pero

es un hombre de una holgazanería extraordinaria. ¡Este sí que es de los que luchan con su destino! A veces, se encuentra con una cara angustiadísima.

—¿Qué tiene usted, don Társilo?—le preguntan.

—¡Un asientol

—Pues púrguese inmediatamente.

—Pero qué me voy a purgar, si lo que tengo es un asiento en el Diario de cara y media, que mal-dita sea su cara, porque debo pasarlo al Mayor.

—¿Y tanto le molesta a usted? ¡Un solo asientol

—Es que es incomodísimo.

Y toma la pluma con el mismo gesto que si fuese a firmar su sentencia de muerte.

Entre fumar, leer el periódico y echar un sueño se le pasa la mañana, con lo que el trabajo sufre un retraso enorme, porque todo lo deja para el último instante.

Al cabo, una noche el almacenista de pesetas le colocó frente al pupitre un gran cartón en el que se leía esta frase de puro estilo americano: «Hazlo ahora.»

A la mañana siguiente entró mi buen don Társilo en la oficina mohino y perezoso. Abrió el cajón de su mesa, abrió los libros, abrió la boca... y se dijo:

—La verdad es que yo en vez de trabajar lo que haría de buena gana sería encender un cigarro y tenderme en el diván a leer el periódico... ¡Qué caray! No, no. Se enfadaría don Antonio. Ya he colmado su paciencia. Luego lo haré.

Pero no bien había dicho: «Luego lo haré», cuando alzó la vista y leyó el claro y rotundo «Hazlo ahora.»

No hizo falta más.

Tiró de cajetilla, sacó el periódico y se tumbó en el diván tranquilamente.

FERNANDO LUQUE

LUZ FRÍA

De noche, al regresar a casa por callejones estrechos, a la hora solitaria en que sólo se oye el tintinar de las llaves del vigilante que camina, o el coche del médico, o el palmotear de un desconocido al pie de un portal cerrado, o alguna voz angustiosa que llama al sereno desde un balcón; en esa hora de quietud en que nuestros pasos en las piedras resuenan sobre el vacío de una ciudad subterránea; cuando volvemos adormecidos, si por casualidad miramos hacia lo alto y vemos iluminados, por la claridad de una luz interior, los cristales de los balcones de los pisos últimos, donde la gente no se reúne nunca en tertulia, pensamos, contemplando la luz amarilla: «Ahí debe haber un enfermo». Y desde entonces, cada noche al volver miramos al balcón; lo miramos al pasar, y mientras lo vemos encendido, adivinamos que allá dentro corren horas de dolor; noches

de esas en que el día no llega nunca, en que el reloj parece retener su marcha; y cuando al pasar vemos oscuros los cristales, pensamos: «¿Se habrá curado o se habrá muerto el enfermo de la ventana?».

Y es que hay claridades que revelan dolencias; luces que se encienden y se apagan al compás de la fiebre; luces, que brillan demasiado y que alumbran poco; luces temblorosas que parecen aguardar la muerte para agarrarse a ella y huir; luces de pisos altos amarillas como la miseria, luces exhaustas que sólo sirven para empañar los vidrios; luces verdosas de agonía, sin calor, sin consuelo, frías como un beso de luna.

Una guardilla con luz, a altas horas de la noche, angustia tanto el corazón como un gran piso en tinieblas.

SANTIAGO RUSIÑOL.

ERA UN DON JUAN

por Antonio de Golluri

Era una de sus muchas manías; sostener un *flirt* en donde quiera que iba: un verdadero *flirt*, es decir, una cosa que no pasaba nunca de iniciación, de cosa no consumada.

Admirable aquella costumbre de las razas norteamericanas. En España la tal costumbre no tenía muchos adictos, en realidad, de verdad podía tenerlos.

Era mucho el sol de España y era mucha la gracia de las españolas. Luis Illana, se lo explicaba gráficamente: a veces el olor de la poma es superior al sabor; pero quien podía resistir la tentación de hincar el diente en una pera de Aragón o en una naranja de Málaga.

Luego el *flirt*, en España, era un juego peli-groso y el resbalón estaba siempre a la vista y Luis Illana había hecho voto de celibato perpetuo.

Por eso, cuando se encontraba fuera de su país—lo que sucedía con frecuencia—siguiendo el misterioso impulso que a sus antepasados les había hecho meterse en tantas aventuras y contradanzas, cultivaba con pasión el *flirt*. Era una manera como otra cualquiera y en consonancia con las modernas costumbres, de abrir la válvula de escape a su espíritu novelesco y un tanto romántico.

Pues, nuestro buen hombre, llevaba ya tres días en Lisboa y aún no había podido entregarse a su juego favorito. ¡Por vida de los moros! ¿Se habían acabado las mujeres bonitas en Portugal o no las había habido nunca?

Luis Illana las buscaba con el ojo avizor y ávido conque el herbolario escudriña las plantas o con la mirada inquisitiva e inquietante con que el inventor estudia en el laboratorio, los efectos del nuevo reactivo. Todo inútil *ella* no aparecía por ninguna parte y en todas partes Luis Illana la buscaba.

La buscaba, las claras mañanas, en las *ruas* que llevan un nombre eufónico y sonoro y que dan una sensación de rotunda feminidad: Aurea; Augusta...

La buscaba por las tardes en el *chá dansant* del *jardín* o en la *rua Jarret*. La buscaba por las noches en los teatros; y en ninguna parte la encontraba.

Desalentado y aburrido concluía por tomar

asiento en la terraza de algún café de la avenida *da liberdade*.

Allí pasaba las horas muertas, estableciendo una especie de aduana por la cual no pasaba miembro alguno del género femenino que no fuera minuciosamente escrutado.

La amplia y hermosa avenida, se resentía de la falta de animación de la capital toda. Por la calzada apenas circulaba algún que otro destartado o descuidado automóvil de alquiler. Trenes suntuosos ninguno. Los paseos laterales estaban también poco concurridos de transeuntes. Todo denotaba en la capital de la vecina república una ostensible decadencia.

Luis Illana se moría de tedio y de nostalgia y cada vez *enfocaba* con más avidez mujerío. Ninguna le convencía.

En primer lugar, la mujer elegantemente vestida, la mujer *chic*, la que forma el mayor atractivo de París o de su Madrid añorado no se veía por parte alguna; o no existían o estaban reducidas como las odaliscas...

Y las que surgían a la luz o iban desaliñadamente vestidas o iban pretenciosas y ataviadas con un gusto abominable... Luego, aquello, no



eran caras europeas; raza muy mezclada con la aborigen del Brasil, era rarísimo encontrar un rostro en el cual no asomara el cruce por alguna parte; y luego aquellos cutis, de color terrizo producido por el característico «viento de Lisboa»...

Nada—se decía nuestro héroe—a esta ciudad se podrá venir para negociar, para admirarla; hasta para estudiar los efectos y excelencias del régimen republicano sobre el monárquico; se podrá venir por todo esto; pero lo que no se puede es venir aquí en calidad de *galantuomo*.

Y Luis Illana, seriamente pensaba en dar un brusco corte a su estancia por tierras portuguesas, tomar el sud-expreso y *aterrizar* en San Sebastián o Biarritz... pero en ésto una fémica pasó ante su vista.

Luis cogió apresuradamente los guantes, dejó sobre la mesa un verdadero montón de grasientos billetes, como pago al gasto hecho, y se lanzó a la *tarea*.

La dama era una suculenta hembra que llenaba todos los gustos del galán. ¡Por fin! Nada de escualideces, más o menos a la moda; metidita en carnes lo suficiente para que los atributos de la mujer no fueran una especie de contrabando que se trataba pasar oculto. Iba vestida con un *tailleur* claro y tocada con un sombrero de terciopelo negro que hacía resaltar los blondos cabellos. Su manera de andar era graciosa y desenvuelta y el aire distinguido.

Luis comenzó siguiéndola a discreta distancia. Como era un consumado perseguidor de mujeres, evolucionaba con táctica admirable. Terminado el examen de conjunto, que le satisfizo plenamente, la escudriñó por los flancos, descubriéndole un perfil esbelto y luego, adelantándose a la dama paraba en seco *para verla venir*.

Ella bien pronto se dió cuenta de que la rondaba el milano y como de buen tono en tales casos, no demostró contrariedad ni satisfacción; sólo sus ojos brillaron con un asomo de vanidoso desdén. Vanidad, porque a toda mujer le halaga el acatamiento amoroso del macho y desdén ¡porque son tantos!...

Así anduvieron un gran trecho por la hermosa avenida que a medida que se alargaba, iba quedando más solitaria. La ocasión era propicia para el *abordaje*; pero Luis, en hombre cauto y experimentado se andaba con pies de plomo. ¡Cuántas veces había *adelantado* los acontecimientos con un éxito deplorable!



¡Había que saber hacer!

Ella, por otra parte, no llevaba trazas de esperar ni de ser esperada; tal era el ritmo de su paso y el sosiego de toda su persona. Sólo de vez en vez, en graciosos movimientostos, se percataba de que el *seductor* cumplía como bueno.

Al cabo, fuera que quisiese hacer un alto en su camino, fuera que Luis no le desagradara, se sentó lindamente en un banco. Era una muy delicada manera de decirle al galán afortunado: heme aquí; ya estoy. Momento solemne en la historia de todos los amadores y que marca el crítico instante en que no se sabe si el seductor lleva pantalones o faldas.

Luis se lanzó heroico a la conquista. Tomó asiento también y a pesar de todo su aplomo, comenzó—como siempre—balbuceante; unas cuantas galanterías al país y a la dama y un ligero acortamiento de distancias. Ella le dejó hacer.

Luis tomó bríos; la voz fué haciéndose más segura y el tono más insinuante casi confidencial... entonces la dama, mirando su reloj de pulsera—hermosa joya de platino y brillantes—y con el acento armonioso y dulce de su lengua nativa exclamó, mientras sus labios se entreabían en una sonrisa ligeramente burlona y resignada:

—Son las cinco, caballero; a las cinco y minutos espero aquí a mi marido. Vd. comprenderá que todo cuanto pudiera decirme va a resultar inútil...

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

La esperaba ya con ansia, con fiebre, todos los días. Por esperarla descuidaba a veces la vigilancia de sus tierras. Había vuelto el frío, y a pesar de que las noches sin viento, iluminadas por una luna espléndida, creyeránse noches de verano, no le engañaban. Helaba durante ellas de un modo terrible y, hombre de aldea, sabía perfectamente cuánto daño hacen en los sembrados las noches así. Por eso, apenas amanecía, tomaba el primer tren hacia su campo. Los sembrados nacientes parecían cubiertos de ceniza, y se doblaban como abrumados por tal peso. Venturosamente no tardaba el sol en inundar aquellos campos y desentumecer las mieses, que a su calor iban levantándose verdes y prometedoras. Tornaba entonces tranquilo, con una esperanza iluminándole, pensando con unción de rezo:

—No, este año la cosecha se salva.

Pero, a veces, por mucho que hubiese helado durante la noche, no se levantaba al amanecer. Algo en el fondo del corazón le anunciaba que Estela acudiría a verle. Aunque continuaba traspuerto, cualquier rumor le desvelaba. Al fin la puerta se abría. Estela entraba y era una gloria

en el cuarto, una alegría inmensa, sólo turbada a ratos por la preocupación de Daniel de que Farfán se enterase. Un día lo dijo.

—Cuando menos lo esperemos, te ve salir, y ya le conoces el carácter.

Se lo conocía tanto que se estremeció vivamente.

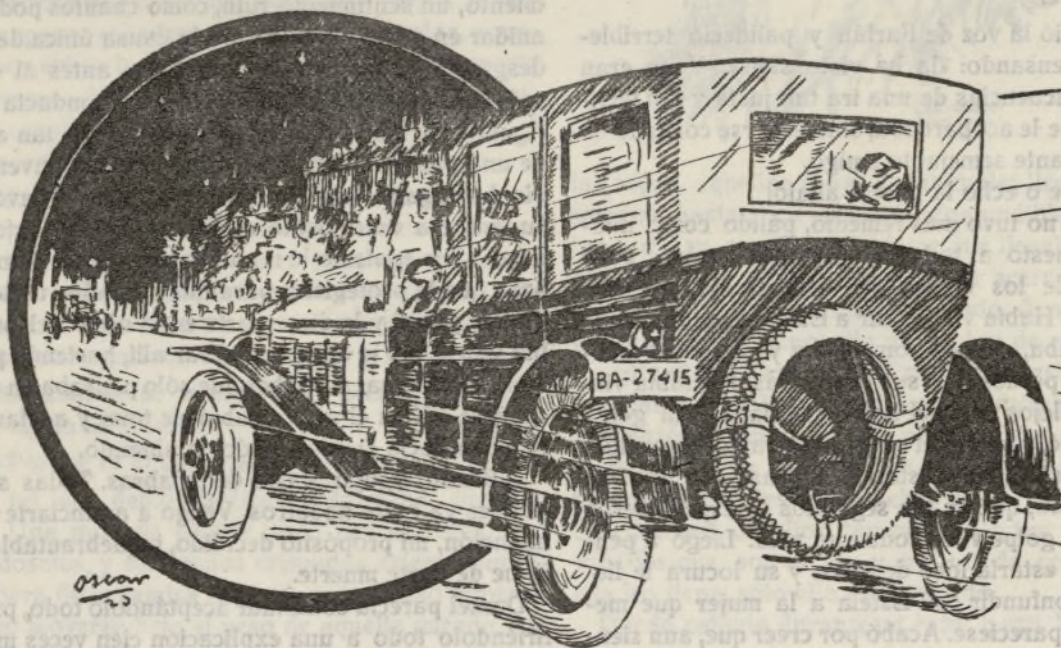
—¡Sería horrible! ¡Peor que un marido!

Pero no renunciaban a sus entrevistas, y el temor de Farfán y aquella frase picante que muchas veces repetían, les dio el encanto irresistible de todo lo prohibido. Daniel, sin embargo, ya no la acompañaba a la puerta, y al verla alejarse, pasada la embriaguez, el pensamiento penoso le ponía una arruga en la frente.

—Un día se entera, es fatal.

Y el día llegó.

Desde la tarde de las carreras Farfán de los Godos espiaba. Al concebir aquella desgraciada sospecha se acordó inevitablemente de la mujer que por la mañana había visto despidiéndose de Aguiar, y cuyas señas se correspondían tanto con las de su amada. Rechazó, así y todo, con obstinación y nobleza la idea cruel que pretendía des-



trozarle la vida; pero algo muy doloroso quedó dentro haciendo el oficio roedor de un gusano en un fruto.

Para más tranquilizarse recordó que en el automóvil, mientras se dirigían a las carreras, hablaron de la novia de Daniel, y aquel hombre, sin equívoco ninguno, refiriéndose francamente a la muchacha de su pueblo y con acento al cual era absurdo negarle la sinceridad y hasta la vehemencia, se confesó tan enamorado como de costumbre, más tal vez... ¿Sería, sin embargo, miedo únicamente? ¿Apelaría a aquellas artes traidoras para aplacarle y despistarle? Violentando su carácter franco y abierto nada le dijo de tales sospechas, ni nada siquiera dejó insinuar. A costa de esfuerzos inauditos logró mostrarse con él tan amable como siempre. Pero seguía espionando; se pasaba muchas horas del día en el vestíbulo, oculto detrás de un periódico, mirando quién entraba. Llegó a seguir a Daniel. Por veces, viéndole en la cara una expresión de alegría, de felicidad, los ojos perdidos, el gesto ensoñador, palidecía y temblaba pensando si vendría de estar con ella. Y negaba, negaba siempre.

—No, no puede ser. Se trata de otra. Aquello de las carreras, bien mirado, no tiene importancia ninguna.

De pronto...

Ya Estela se había ido y Daniel se vestía lenta y tranquilamente, soñando aún, tarareando una bonita cantiga de su país, cuando dieron un violento golpe a la puerta.

—¡Abrel

Conoció la voz de Farfán y palideció terriblemente, pensando: «la ha visto salir». Y no eran las consecuencias de una ira tan justa y tan terrible lo que le acobardaba, sino el verse convicto de traición ante semejante amigo.

—¡Abre o echo la puerta abajo!

Abrió, no tuvo más remedio, pálido como nunca, dispuesto a todo, aceptándolo todo... Pero Farfán de los Godos no traía en las manos el revólver. Había visto salir a Estela cuando menos lo esperaba, cuando comenzaba ya a pedirle mentalmente perdón por sus sospechas. La había visto desde lejos dejar el hotel, mezclarse a la gente de la calle, y corrió al cuarto del traidor, aturdido, loco. Era tal, no obstante, su ansia de haberse equivocado, que en los segundos de espera desde el primer golpe vivió toda una vida. Llegó a pensar si no estaría loco de veras y su locura le llevaba a confundir con Estela a la mujer que menos se le pareciese. Acabó por creer que, aun sien-

do Estela quien salía del cuarto, aquello pudiera tener otra explicación: la explicación consoladora de que viniese a darle un encargo de su padre, que la atrajesen cuestiones de negocios a los cuales no se mezclaba para nada el negocio del amor. Por eso, dentro ya, su voz, aunque descompuesta y ronca, no tuvo apenas fiereza. Vió la actitud de Daniel; le pareció que se disponía a darle la explicación deseada, y, creyendo que su furia al mandar abrir la puerta alguna justificación exigía, le atajó casi con carifio:

—Nada me digas, falso amigo, el más falso y artero de los amigos. ¡Cómo me engañaste! «Esta flor que anduvo todo el día en su pecho la he ganado para ti...» Y ya la amabas cuando tal me dijiste!

Hablaba esperando la risa de Daniel, la pregunta alborozada de si estaba loco, la disculpa. ¡Pero la disculpa no venía! Daniel lo aceptaba todo, y Farfán, con un sudor frío en la raíz de los cabellos, con una frialdad extraña en el velo del paladar y en la base del cráneo, siguió:

—Ya la amabas, ya... Ya la habías visto. ¿Pero por qué te ha amado ella? ¿Qué la diste?

Bruscamente recordó las frases de Daniel en el automóvil respecto a su novia de la aldea, una conversación antigua sostenida allá abajo y en la que él mismo le aconsejó el engaño a alguna hija del país. A la luz de tales recuerdos comenzó a explicarse el interés de Iturbe por aquel hombre, la protección creciente que le dedicaba. Y le miró aterrado. No era que amase a Estela; otro sentimiento, un sentimiento ruín, como cuantos podían anidar en aquel corazón, era la causa única de su desgracia. Se equivocaba momentos antes al dar todavía una explicación noble a la conducta de Aguiar. No tenía siquiera la justificación tan alta de una pasión como la suya, absorbente, invencible. La engañó también a ella. Lo que le llevó a su lado era únicamente egoísmo, egoísmo frío y duro... Por egoísmo le mintió amor. Se lo mintió para que le protegiese, para que su padre tuviera interés por él y le diese parte en la obra del pueblo y después le dejase sembrar allí, haciendo posible su fortuna, sin saber que sólo pensaba en escaparse... Y en el acto cambió de tono y adelantó un paso hacia Daniel, lívido, temblando.

—Bueno, Aguiar, basta de palabras. Todas son inútiles ya entre nosotros. Vengo a anunciarte mi intención, mi propósito decidido, inquebrantable y firme de darte muerte.

Daniel parecía continuar aceptándolo todo, prefiriéndolo todo a una explicación cien veces más

costosa, más dolorosa que la muerte misma. Y ante aquella pasividad que tanto le decía, que aventaba los últimos restos de su esperanza, el otro volvió a hablar, enrojecidos los ojos, espumante la boca.

—Te mataré, no lo dudes...

Daniel abrió automáticamente la chaqueta, como ofreciéndole ya el pecho.

—Estoy a tu disposición. Haz lo que quieras.

Farfán le miró con severidad.

—No soy un asesino, demasiado lo sabes. Te mataré mañana, frente a frente y en presencia de testigos, como matan los caballeros,

Y añadió, cual si sólo así calmase la impaciencia que le ahogaba:

—Te mataré mañana; te hundiré una bala en el corazón, en el mismo sitio donde tú me has herido...

Pero de repente aquello le pareció poco insignificante para calmar su sed terrible de venganza. ¿Qué era la muerte en castigo de semejante crimen? Un segundo de angustia y de sufrimiento y todo acabado después... ¡Ah, no! Farfán de los Godos no cobraba tan mezquinamente sus deudas de sangre. Era necesario algo más doloroso, y decidió al momento tomar otra y peor venganza. Paseó a grandes zancadas por la habitación, levantada la cabeza, relampagueantes los ojos y se le quedó mirando al fin, como si quisiese fulminarle.

—No vamos a batirnos, Aguiar, ni te mataré tampoco como a un perro. Te espera algo mucho más terrible; te dejaré vivir... Tú me conoces, ¿verdad? Tú sabes perfectamente que esto no puedo hacerlo por cobardía. Pues bien; voy a tomar la venganza más feroz, la que no aguardas, aquella por evitar la cual llegarías a preferir la muerte mil veces... Voy a hacer que te desprecie, que sufras como yo, que sepas lo que es esto...

Paseaba otra vez, desvariando, loco.

—La enteraré de todo. Le diré a qué has venido, qué compromisos dejaste en tu tierra, lo que ella ha sido para ti... Le diré todo eso para que te desprecie y te arroje de su lado y entonces la ames con locura, pero no puedas volver a oírle decir que te quiere...

Nuevamente se interrumpió, acercándose con una calma aterradora.

—Porque te lo dice, ¿no es cierto?

Y tal idea debió hacérsele intolerable, insufrible. Una nube de sangre pasó por sus ojos, cegándoselos, y sus manos crispadas asieron por la pechera de la camisa al rival, que no osó protestar ni moverse bajo el peso de aquella mirada ter-

rible y aquella indignación tan justa. Farfán rugió como un león que llorase:

—¿Te lo suele decir, verdad? ¡Le has oído eso! ¡Se lo has oído!

Le soltó de pronto, abriendo exageradamente las manos, caballero siempre, temiendo a la incorrección de ahogarlo allí mismo, en su cuarto, solos los dos...

—Me voy, que no respondo de mí. Hasta mañana.

Pero apenas había vuelto el rostro palideció más, clavados los ojos en la cama revuelta, y Daniel tuvo el miedo, que aún no había tenido, a la muerte segura y próxima. Farfán se acercaba al lecho lentamente, temblando todo, mirando con fijeza la huella de dos cuerpos que aún guardaban



las ropas, aquellas ropas de las cuales llegó bruscamente hasta él un perfume inconfundible, el perfume de su amada, el perfume que llevaba en el alma desde hacía tanto tiempo. Se acercó más y levantó el rostro como transfigurado. Acababa de encontrar en la almohada una hebra de oro.

—¡Es de ella, es de ella! Pero ¿cómo estaba yo tan trastornado? Sabiendo que te visitaba en tu habitación, ¿cómo no pensé nunca en que ocurriese esto? Aunque no lo quiera creer, la duda es ya imposible. Aquí está una hebra de sus cabellos, y cabellos así, cabellos tan bonitos y tan suaves, cabellos que son de oro y que son de seda, sólo ella los tiene, sólo ella en el mundo...

Quedó callado durante un rato largo, larguísimo.

mo. Había extendido la hebra en las dos manos y la miraba como al dulce objeto de un culto profanado, como a la santa reliquia que se encuentra en un lugar de vejamen. De repente levantó los ojos hacia Daniel ya sin odio, cual si volviese de otra vida.

—¿Como va a despreciarte ya? ¿Cómo va a dejar de quererte?

Y cayó desplomado en una butaca y, con la cabeza entre las manos, rompió a llorar como un chiquillo.

XIII

Sin contarle lo ocurrido, hablando tan sólo de reticencias que sus compañeros de hospedaje comenzaban a permitirse, Daniel insinuó a la hija de Iturbe la conveniencia de otro sitio para sus entrevistas. Ella aceptó fácilmente, y mientras buscaban el nuevo refugio volvieron a verse en los parques, en las calles, en los teatros.

Otra vez la vida de Aguiar tuvo que refugiarse toda en aquella mujer. Convencido de no haberse portado honradamente con Farfán de los Godos, comía casi siempre fuera, sin atreverse a afrontar su vista. Desde la tarde de las carreras y desde la escena terrible el digno hombre había conseguido mantenerse en una actitud dignísima. Ni el saludo le negó. Más Daniel tanía conciencia y nada tal vez le dolía tanto como el abatimiento de su amigo. Hubiera preferido mil veces verlo furioso, sediento de venganza. Y no. Farfán parecía someterse a la fatalidad, perdonar el pavoroso agravio. De tiempo en tiempo, animándose a comer en casa, Aguiar sorprendía sus ojos clavados en él con un intenso refulgir de odio. Lamentablemente pronto se endulzaban, pronto unas lágrimas interiores parecían empañarlos. Por no ver aquello huía de los amigos. Y si insistió con la muchacha en que no volviese al hotel fué ante todo porque Farfán no la encontrase de nuevo y así acabasen de destrozarlo.

Mejoraba el tiempo y Estela y Daniel alargaban sus paseos huyendo ya de las calles céntricas, donde la muchacha era tan conocida. Iban a Flores, a Belgrano, a la Boca, a todos los característicos alrededores que se creyeran lugares casi remotos, no obstante hallarse unidos a la gran ciudad. Aquí era un pueblo limpio y cuidado, pueblo de ingleses, con sus pequeños *chalets* rodeados de un jardinillo, con plantas trepando por las paredes, prometiendo la calma tranquila de un *cottage*, feliz nido de amores; allá, las casas

de madera de los italianos, montadas sobre ruedas, altas de tres pisos, con ropa a secar sobre cuerdas tendidas, alguna *bambina* hablando con su novio en la ventana y, por veces, unos bueyes llevando a otro sitio la vivienda toda, sin que la ropa se cayese ni la pareja interrumpiera su coloquio. Tales visiones desvelaban en Daniel ansias casi adormecidas, y volvía a desear el refugio placentero donde una mujer le dedicase cuidados atentos y caricias dulces. Acabó por necesitar de nuevo las entrevistas a solas, donde pudiese besar a Estela sin temores y gozar sin sobresaltos la posesión absoluta de aquella belleza. Estela se sometió con la misma sencillez que tuvo antes para cortarlas. Lo que él quisiese era acaso lo que ella quería... Desgraciadamente no le acompañaría nunca en su amor al campo, a la vida tranquila que cada vez le llenaba más el corazón. Y una tarde, con una idea traspasándolo, se detuvo de pronto.

—¿Quieres que vayamos a un sitio?

—¿Adónde?

—Ven...

La llevó a la Pola. Las mieses, aún verdes; estaban ya tan altas que el viento se cansaba acariciando aquel mar feliz. Pero Estela no vio la belleza del espectáculo, no apreció la paz de aquella vida. Parecía tan sólo compadecer a Daniel. Le besó como para compensarle de una desgracia.

—¡Pobrel! ¡Donde él se pasa tanto tiempo!

Y extendía sus miradas, así llenas de compasión, hacia el campo sembrado y el rancho triste y los dos ombúes de la lejanía, únicas notas misericordiosas que se alzaban sobre aquella naturaleza romo en medio del mar, bajo el cielo alto, que era un enorme fanal azul...

Al alejarse de aquellos sitios caía ya la tarde y una polvareda pareció levantarse en el horizonte. Pronto llegó a ellos un rebaño de ovejas. Y no lejos de la estación, Daniel detuvo al pastor y se lo presentó a Estela.

—Me hace mucha compañía en estas soledades.

Era un perro, un perrazo enorme a quien Daniel, por oírle de noche entonar tiernas endechas a la luna, le había puesto de nombre el *Payador*. El perro cuidaba de aquellas ovejas propiedad de un italiano que tenía su rancho detrás de los ombúes. Tal vez creyendo suya la majada la llevaba hacia los pastizales, guiándola con cordura, y la recogía a la puesta del sol, muy serio y muy digno. A Daniel le visitaba algunas veces, y no rechazaba sus invitaciones a comer, pero marchán-

(Continuará).

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTICULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



**BEBED
AGUA FARGAS**



GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL
VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIRON - SAN JUAN (AVILES) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicycletas y Máquinas de escribir

(CASA DE COMPRAS
Y VENTAS)

LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y Kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. - Teléfono 4.038

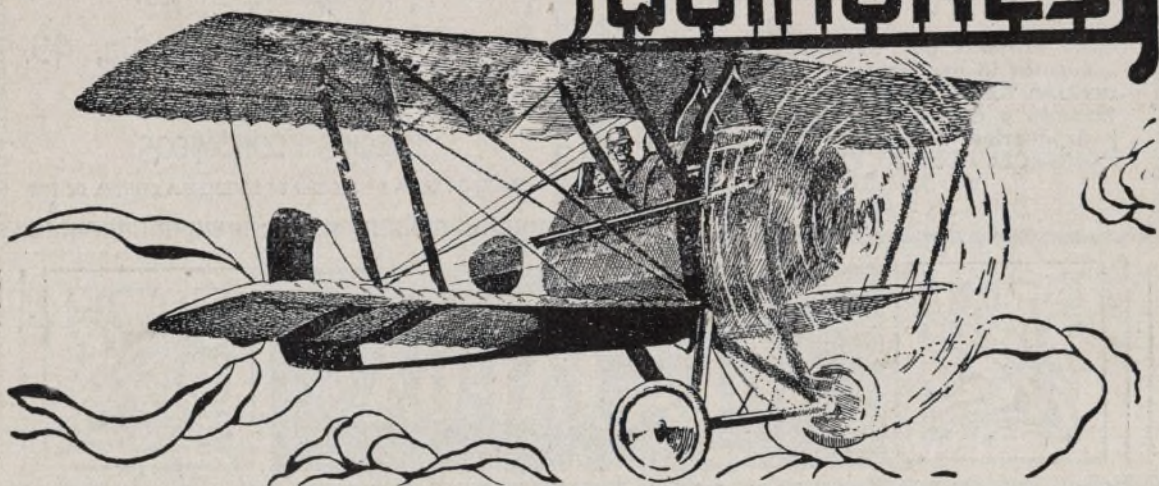
Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES. — BANDERAS PARA REGIMIENTOS. — FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES. — CHARRRERAS, DRAGONAS Y HOMBREKAS. — CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN. — SABLES, ESPADAS Y ESPADINES. — ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS. — BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA. — ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES. — CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS. — ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

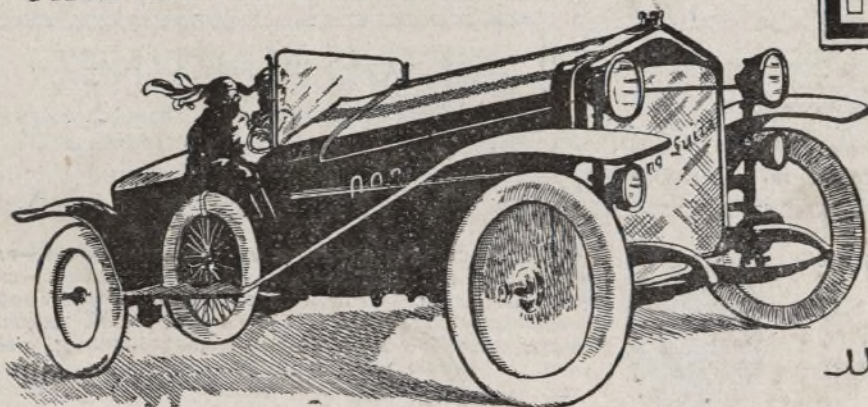
PARA AUTOMÓVILES, GLOBOS Y AEROPLANOS

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—
Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de
bolas.—Hélices.—Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para glo-
bos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Acei-
tes y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon

Ayuntamiento de Madrid